LUIS ANTON DEL OLMET

MALA MADRE

DRAMA

EN TRES ACTOS, ORIGINAL Y EN PROSA

Copyright, by Luis Antón del Olmet, 1922

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1922

Reflexiones en fin filosofo

que aunque sea una de desamorfa

en un ambiente de madre y ver

dumbre, es el fruto del contrapeso

to mucho y asimilado.

MALA MADRE

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles*, son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation de traduction et de reproduction reservés pour tous les pays, y compris la Suede, la Norvege ét la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MALA MADRE

DRAMA EN TRES ACTOS

EN PROSA, ORIGINAL DE

LUIS ANTON DEL OLMET

Estrenado en el TEATRO CERVANTES, de Sevilla, el día 14 de marzo de 1922

MADRID
Viuda e hijos de R. Velasco, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°
TELÉFONO, M 551
1922

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MAGDA GIRÓN, 18 años.....	Teodora Moreno.
DOÑA MAGDALENA, 55.....	Rosario Luján.
EMILIA GUERRA, 50.....	Milagros Olmedo.
ESCOLÁSTICA, 40.....	Candelaria Ramos.
VICTORIA, 25.....	Rosario Bans.
«CHARO LA TRISTE», 25.....	Paz Robles.
CASCABELITO, 18.....	Teresa Estébanez.
ENRIQUE AROLAS, 38.....	José Monteagudo.
HERMIDA, 40.....	Alfonso Tudela.
IRASTORZA, 23.....	Manuel de Juan.
JUÁREZ, 30.....	Emilio Santiago.

La acción en Madrid.—Época actual

Estrenado el día 14 de marzo de 1922, en el Teatro Cervantes de Sevilla, por la compañía Tudela-Monteagudo.

El día 4 de abril de 1922, fué estrenada esta obra en el Teatro Arriaga de Bilbao, por la compañía Fuentes-Vargas, siendo director artístico el ilustre autor de *Santa Isabel de Ceres*, D. Alfonso Vidal y Planas.

860 82
S2L
V15 n7

ACTO PRIMERO

La escena representa el comedor de una casa mal afamada, pero lujosa. Puerta al foro que da acceso al vestíbulo. Otra a la derecha con rojas cortinas, que da paso al interior de la vivienda. En el centro, una mesa con su tapete. En el testero de la izquierda, piano eléctrico y un balcón. Sillas y butacas usadas, un sofá y cuadros un poco licenciosos en las paredes. La puerta del foro estará abierta al comenzar el acto y la otra cerrada. Es la tarde de un día primaveral.

ESCENA PRIMERA

CHARO LA TRISTE y CASCABELITO

Las dos mujeres están jugando al tute junto a la mesa. Durante brevísimos instantes manejan los naipes en silencio

CASCA. (Muy alegre y alzándose de la silla, después de tirar sobre el tapete una carta.) Las diez últimas para mí. Gané. Tienes que apoquinar... Perro chico de las veinte, perro gordo de las cuarenta... Además me salí. ¿Quieres que cuente?

CHARO (Con desgano.) ¿Para qué?

CASCA. Y un real de la salida, cuarenta céntimos del ala. A sudar tocan.

CHARO (Abriendo la escarcela que tiene sobre su falda y entregando el dinero.) Toma. Y no juego más.

CASCA. (Insinuante.) Sólo otra vez. Si no, me aburro. Anda, Charo. Ahora vas a ganar tú.

CHARO (Levantándose melancólica y acariciando con la voz a

su compañera.) No, Cascabelito. A mí me aburre jugar... (Pausa. Con tedio.) Me aburre todo.

CASCA. Sí que te dió fuerte por semejante hombre. Pero si eso es peor que unas tercianas y que la gripe. Mal ángel de pelanas, y cómo te ha puesto. (Pausa y decidora.) Vaya, vamos a tocar un rollo alegre que te sacuda un poco esa pena. «¿Mimitos?» (Va hacia el piano, coloca la pieza aludida y empieza a sonar.)

CHARO (Corriendo hacia el piano y cortando la música.) ¿Y le llamas tú a eso una cosa alegre?... Si es fúnebre, hija. Además, lo bailé con él en la Cuesta hará ocho días, cuando me dejó... (Volviendo a la mesa, cayendo de bruces y gimoteando.) ¡Y dicen que las penas no matan!

CASCA. (Acercándose y acariciándola.) Pobre Charo. Pobrecita Charito. Olvida a ese hombre... Es un chulo, un rufián, un canalla. No te quiere ni te quiso nunca. Haz como yo, reirte de todos, sacarles lo que puedas, divertirte hasta la locura... (Da dos vueltas de vals.) ¿Ves? Tengo pimienta en la sangre.

CHARO Tú, Cascabelito, ¿qué sabes aún? Eres una niña. Diez y ocho años, ¿no? Yo tengo veinticinco ya. Y desde los quince ando en esta vida, entre hombres... Cuando llegues a mi edad verás como no te ríes tanto. (Interrumpiéndose.) Además, yo no sirvo para ésto. A mí estas casas, estos tipos, me dan asco. Estoy aquí a la fuerza, para no morirme de hambre, porque es tarde ya. (Pausa.) ¡He pasado tanta miseria!

CASCA. ¿Qué eras tú antes?

CHARO ¿Yo? Planchadora. Cinco reales de jornal. Un día me quedé sin trabajo... (Pausa.) Y luego le llaman a una mala. Malo es el mundo que consiente esto.

CASCA. Pues no hay que quejarse, Charo. Esta casa es de las mejores. Si no fuera por esa Magda Girón que se lo lleva todo y que tiene los hombres así... (Juntando los dedos de su mano derecha.) Doña Emilia es buena. Sólo se queda con la mitad y no nos coloca trajes al fiado. Además esta casa da postín y a lo mejor te retira uno de esos ricos, que dicen nuevos, y que compran las joyas por kilos.

CHARO No es eso... Es... la vida. (Suspirando.) Si una supiera antes de perderse lo que se sabe lue-

go... Y no es que yo me las quiera dar de honrada, ¿eh? Pero me gustaría ser de uno, sólo de uno, como lo fuí de aquel bolsista, que me dejó; como lo sería de Rafael, si ese canalla... (Pausa.) Y no vendrá. Como ayer, como siempre.

CASCA. A ti te ha dado un bebedizo ese granuja. No sé por qué le quieres. Es feo y rechulo. (Haciendo un gesto con la mano) Te solfea...

CHARO Lo quiero... ¿No te lo dije antes? Lo quiero como querría a cualquiera. ¿Ves tú? Fíjate. Aquí viene cada asqueroso... Pero con el primero que me dijera: «vámonos» me iría. (Pausa.) Menos con ese marquesito de Saimar, al que odio por malo, por sucio; me iría. Y me iría para vivir pobre, en una buhardilla, cuidando un cochino tiesto de albahaca, zurciendo y arrastrándome.

CASCA. Yo no. Tú eres una romántica. ¿Yo zurcir? A mí me gusta mucho la seda. (Tocándose la falda.) Y de aquí... (Haciendo sonar el dinero que lleva en su bolso.) Tengo ganas de pillar a un ricacho de esos y dejarlo limpio. Quiero vengarme.

CHARO La seda y el dinero, sí... Pero, ¿a costa de qué? Cuando dejes de ser niña, si no llegas a embrutecerte del todo, verás lo que yo veo. El asco de... El viejo, el inmundo... Estar cada vez peor mirada. Y si no sufres.. Ya ves, el domingo se murió en el Hospital Ascensión. Yo la vi. Iba, la pobre, toda inflada. (Pausa.) Y esa Magda, que se lleva de aquí tanto dinero, que sale por quince o veinte duros limpios todos los días, ¿qué? Tú misma puedes verlo. Al principio le pagaban ochenta y cien duros. Era una señorita de verdad, no postiza, como nosotras, hija de no sé quién, muy conocido, y esos tipos aflojaban la bolsa. ¿Es más bonita que tú Magda?

CASCA. (Contoneándose.) Yo creo que no.

CHARO No. Lo que compraban era un apellido, una curiosidad viciosa... ¿Ahora? Veinte duros. (Pausa.) Pobre chica. Te digo que me da pena. ¡Hay cada madre!

CASCA. ¿Y ha sido, de verdad, su madre quien la trajo?

CHARO Diez y ocho años tiene. Es como tú... Su

madre fué quien la vendió. Tía mala. Aquí viene alguna vez que otra, cuando huele un buen negocio, para coger el dinero que gana la chica. Le gustan los cuartos más... Y gastando...

CASCA. Las hay peor que fieras. Pocas son, pero la que sale así...

CHARO ¿Te extrañan esas madres? Yo he conocido cada bruja...

CASCA. Pero no te pongas triste. Caray, chica, eres un Viernes Santo de mi pueblo. (Va hacia el piano.) Déjame oir «Mimitos». Es precioso. (Vuelve a sonar la música. Entra Escolástica por la puerta del foro.)

ESCENA II

DICHAS y ESCOLÁSTICA

ESCO. (Entrando.) Prepararse, jóvenes; que vienen tres.

CHARO Si es el marquesito de Saimar, que no. Así trajera oro molido.

ESCO. Pero, ¿se puede saber que te hizo ese muchacho? Es muy simpático y tira los billetes.

CHARO Lo que me hizo no es para contado. Le digo que no. Y si doña Emilia se empeña, no vuelvo más a esta casa. ¿Es él?

ESCO. Son otros. Uno de ellos, Juárez, el amigo de Magda. Los otros son nuevos. Están en la sala. Parecen gente de parné. Voy a traerlos aquí. (Llega a la puerta del foro y grita.) Señoritos, pasen. No hay cuidado. Estamos solas. (Entran por dicha puerta, Enrique, Hermida y Juárez. Escolástica se va.)

ESCENA III

CHARO, CASCABELITO, ENRIQUE, HERMIDA y JUÁREZ

JUÁREZ (Cogiendo de la barbilla a Charo.) ¡Hola, Charo la Triste! (Haciendo igual con la otra.) Y tú, Cascabelito (Se deja caer sobre el sofá.) Aquí os traigo a dos pelmas, lo que se llama dos pelmas. Enrique Arolas. (Señalándole.) Ingenie-

ro, postinero, pero más romántico que tú, Charo. Y el hombre Hermida. (Señalándole también.) Una pochez de señor. Juez es el pobrecito, excedente, pero juez. Conque ojo...

CASCA. (Riéndose.) Pues sí que nos traes el premio grande.

JUÁREZ Y a lo mejor, sí. De éste, (Señalando a Hermida.) no esperéis nada. Va para ratón. Pero el otro.. Quién sabe. A lo mejor le da por querer y hace una novela. ¿Verdad, tú?

ENRI. Sí... Es cierto. Yo no podré ver nunca en las mujeres... eso, mujeres nada más. En toda mujer por degradada que esté hay siempre un alma ingenua y un corazón sano. ¡Son tan pocas las verdaderamente perversas!

HERM. Es verdad. Yo también creo lo mismo. ¡Van las mujeres al pecado por caminos tan diversos! Ellas no suelen nunca tener la culpa. Todos la tenemos El mundo es egoísta y cruel... Lo que pasa es que yo veo esto desde fuera, sin apasionarme, y éste (Señalando a Enrique.) lo ve como protagonista. Así se lleva cada desengaño.

CHARO (Mirando con interés a Enrique.) Porque aún no habrá encontrado a su pareja. ¿Es usted casado, señor?

ENRI. (Riéndose.) No. La carrera, los negocios... Todavía anda uno hecho un perdis.

JUÁREZ (A Charo.) Nena, parece que te gusta el ingeniero. Y lo siento por ti. Viene a tiro hecho. Conque...

CASCA. ¿Magda, no? (A Charo.) ¿Pero es que Magda nos va a dejar por puertas al resto? Yo ahueco de aquí. Palabra.

ENRI. No seas tontina. Este Juárez se pasa la vida bromeando. Me gustáis mucho las dos. Pero es que no vengo en plan. Y eso de Magda... Curiosidad sólo.

JUÁREZ Bueno, basta de palique. Si esto parece una tertulia cursi. Os tallo cinco duros al monte.

CASCA. (Dando brincos y palmadas.) Sí, sí.

(Entra Emilia por la puerta de la derecha.)

ESCENA IV

LOS MISMOS y EMILIA

Al ver a Emilia Charo y Cascabelito se sientan junto a la mesa cohibidas. Los otros se ponen de pie, menos Juárez

EMILIA Tanto bueno por esta casa.

JUÁREZ Gracias a Dios, Emilia. ¿Dónde andabas, mujer?

EMILIA (Señalando la puerta.) Ahí en la alcoba, arreglando. ¿Son los amigos de quienes me hablaste?

JUÁREZ Sí. Otros Magdistas. Esa muchacha te va a hacer de oro. Este, (Señalando a Enrique.) está pirraíto. Y ojo con él. A lo mejor te la secuestra. ¿Vendrá?

EMILIA Quedó a las siete. ¿Qué hora es?

ENRI. (Consultando su reloj de pulsera.) Y cinco ya. Acaso no venga.

EMILIA Viene. Viene casi todas las tardes. Hoy está avisada. (Pausa.) Recientemente faltó ocho días. Una hermana que tiene, casada, en provincias, con un señorito de buena posición. El cuñado que no la trata, pero que vigila... Ya se han ido por fortuna. La parentela es siempre así. Mucho chismorrear y poco dar.

JUÁREZ (A las pupilas.) Bueno He dicho que os tállo un monte. (Coge la baraja de encima de la mesa y se sienta junto a ellas Los tres empiezan a jugar.)

EMILIA (A los otros, ofreciéndoles unas sillas que estarán en medio hacia la derecha.) Pero siéntense ustedes. (Lo hacen.) No tardará esa chica. (Hay una pausa de irresolución.)

ENRI. Y dígame, Emilia, ¿es cierto? ¿No la habrán engañado a usted misma? ¿Se trata de Magda Girón? La verdad, es tan raro...

EMILIA (Riéndose.) ¿Raro?

ENRI. Yo conocí al padre de esa muchacha hará nueve o diez años No lo traté, pero lo vi en la provincia donde ejercía un cargo altísimo. Era tan respetable, tan señor. Magda, a la que no recuerdo, debía ser entonces una niña.

EMILIA Ahora tiene diez y ocho años. (Pausa.) Y hay

otra hermana más chiquita, de quince, que está en el colegio, y que es preciosa...

HERM. Emilia, yo creo que a usted le está tomando el pelo una impostora de mala ley. ¿Está usted segura de que esa muchacha es Magda Girón, hija de D. Elías Girón y Monreal, que fué en vida Presidente de Audiencia y que .. Yo imagino que esa madre, ni es madre, ni tuvo esposo. Debe ser una estafadora que está afrentando el nombre de ese caballero tan cumplido.

EMILIA (Enojada.) Si se empeña, será lo que usted quiera. Por mí, baste decirle que me consta, como le consta a Juárez, como les consta a cien. (Pausa.) Además, no se trata de ninguna rareza. Por aquí han desfilado... (Pausa). La vida es dura y todos queremos ir en coche. Y no vayan ustedes a achacarme el daño ¿eh? Yo, la verdad, si puedo ganarme la vida... Pero no me gusta meterme en enredos. Cuando esa chica vino a esta casa, vino sin tener ya que perder gran cosa y de acuerdo con doña Magdalena. Por indicación de doña Magdalena. (Pausa.) Lo digo por si acaso.

HERM. ¿Me ha tomado usted por un policía tal vez?

EMILIA Sería lo de menos. Pero, hijo, parecía usted un fiscal.

HERM. Un fiscal, no. Pero es que... vamos... hay cosas .. Esa madre.

EMILIA (Riéndose) Pobre mujer. ¿Se iba a dejar morir de hambre? Además, yo me figuro muchas cosas. No es lo que se llama una señora. Debieron colocársela a su marido, de saldo, ya viejo.

CASCA. (Chillando.) La sota. La sota. Eh, tú, afloja veinte céntimos.

JUÁREZ (Dando el dinero.) Sabes que eres de alivio, moza. Me estás pelando, chavea.

CHARO Van dos reales al siete.

JUÁREZ ¿Van? .. A ver los cuartos. Aquí no se admiten boquillazos, corazón.

CHARO Es que todo lo gana ésta... No me queda un céntimo.

CASCA. (Dándole un puñado de calderilla.) Juega. No le hagas caso a este roñoso. (A Juárez.) Vamos, saca ya ese condenao siete

(Juárez empieza a tallar de nuevo, en silencio.)

ENRI. (A Emilia, después de mirar otra vez el reloj.) Y cuarto ya. Temo que no venga esa muchacha.
(Entra Escolástica por el foro.)

ESCENA V

DICHOS y ESCOLÁSTICA

ESCO. Ahí está la señorita Magda.
EMILIA (A Enrique.) ¿La hago entrar aquí?
ENRI. Bien. ¿Por qué no? Si es costumbre suya...
EMILIA (A Escolástica.) Que pase.
(Vase Escolástica y entra Magda inmediatamente.)

ESCENA VI

MAGDA, CHARO, CASCABELITO, EMILIA, ENRIQUE, HERMIDA y JUAREZ

MAGDA Buenas tardes, doña Emilia. A todos, buenas tardes. (Se acerca a Charo y a Cascabelito.) ¿Jugáis?
JUÁREZ Sí, querube. Puedes lanzarte sobre este caballo, que va a venir de camonina. Lo sé yo.
MAGDA (Alejándose.) No tengo dinero.
JUÁREZ Hija, ¿dónde lo echas? Ganas más que un buen torero Anda, tacaña, ponle dos pesetas a este jaco.
MAGDA No me gusta el juego. (Se aleja de la mesa y va al otro grupo.)
EMILIA (A Magda, presentándole a Enrique.) Este señor es quien tenía deseos de conocerte.
MAGDA (A Enrique.) ¿A mí? ¿Por qué?
ENRI. Porque me dijeron que era usted hechicera. Pero han mentido. Usted no admite adjetivos, Magda... Venga usted ¿Quiere hacerme ese honor? (La lleva lejos, aparte, y se sientan cerca, hacia la derecha.)
(Hermida y Emilia se acercan a los jugadores.)
JUÁREZ (A Emilia.) ¿Qué pasa con ese as? Vamos, sacúdete ahí tres reales por lo menos Si no lo haces, serás una pródiga. Estoy viendo que viene de salto.

EMILIA (Poniendo su dinero junto a una carta) Prefiero esos oros.
(Juegan.)

CASCA. (Dando un salto. A Juárez.) El as. Apoquina, tú.
(Palmotea.)

ENRI. (A Magda.) Sí. Yo he conocido a su padre, Magda; cuando ejercía en Zaragoza. Yo soy de allí. Allí tengo a mis padres.

MAGDA ¿Cómo se llama usted? Quizás me acuerde.

ENRI. Enrique Arolas.

MAGDA (Riéndose) Vaya si me acuerdo. De usted, no. Pero usted tiene una hermanita de mi edad. Yo he jugado con María Angélica en el parque. Éramos amiguitas. Las criadas nos llevaban todas las tardes allí y al Coso. ¿Qué tal está? Era muy bonita María Angélica.

ENRI. No hablemos de eso, Magda. Hablemos de usted. (Pausa.) A su madre no la recuerdo.

MAGDA Es mucho más joven que papá. Estuvieron casados sólo unos cuantos años. Tengo una hermana mayor y la menorcita Esther.

ENRI A Esther no la recuerdo.

MAGDA Tiene ahora quince años.

ENRI. ¿Vive con ustedes?

MAGDA (Horrorizada.) No. Está en el colegio interna, fuera de Madrid. ¡Es más bonita!

ENRI. (Galante) ¿Más que usted?

MAGDA Mucho más. Y es tan inocente, tan buena.

ENRI. Mucho la quiere usted.

MAGDA Que si la quiero... Pobrecita mía. Qué sabe ella de nada. Cree que la vida nuestra es buena aún. (Pausa.) Y lo seguirá creyendo. Aunque tuviera yo que pedir limosna. Por salvarla, daría... La vida me parece poco. (Pausa.) También tengo hermanastros, ya casi viejos.

ENRI. ¿En Madrid?

MAGDA (Riéndose) Cá. Uno, en Guadalajara; otro, en Mallorca. Mi hermana mayor, Celia, puede que la recuerde usted, está en Sevilla.

ENRI. A esa creo recordarla. Se casó, ¿verdad?

MAGDA (Triste.) Sí. Se casó.

ENRI. ¿Se ven ustedes?

MAGDA (Tristemente.) No. Se casaron contra nuestra madre. Ella estuvo depositada. Mi cuñado, tiene mal genio y la apartó de nosotras violentamente.

ENRI. ¿Y es Celia tan bonita como usted?

MAGDA (Haciendo un gesto exagerado.) Mucho más. Yo no soy bonita.

ENRI. Usted es un sueño, Magda. Un sueño entre cruel y delicioso, algo tremendo e inesperado. Perdóneme usted si me pongo cursi. Soy ya un poco viejo: treinta y ocho años, Magda. Pertenezco a una generación que nació cuando aún tenía España colonias y poetas. Perdóneme. Estoy impresionado, deslumbrado. Pensar que la vi a usted de niña en mi ciudad natal, que ha jugado usted con mi hermana. Que es usted... (Saca un cigarrillo de su pitillera.)

MAGDA Deme uno.

ENRI. No. No fume usted. Ya sé que está de moda. Pero, ¿quiere darme ese capricho? Es una tontería...

MAGDA No. Si a usted le disgusta... Yo sólo quiero complacerle, Enrique.

ENRI. (Coge una mano de Magda y la besa.) ¡Qué mano tan linda! Es mano de novia.

JUÁREZ (Levantándose y tirando las cartas.) Me habéis despeluchado, niñas. Tenéis una suerte irritante.

CASCA. Anda, talla otros cinco duros. No seas roñoso.

JUÁREZ ¿Yo? Para eso, me voy a la timba y acabo antes... (Reparando en Magda y en Arolas que cuchichean.) Miren los tórtolos.. (A ellos.) A ver, esos tórtolos. (Yendo hacia el piano.) Bueno, y basta de sosera. A juerguear. Emilia, que nos traigan una botella de «Agustín». (Hace sonar el piano. Cascabelito y Charo se ponen a bailar. Juarez va en derechura de Magda. A Magda.) ¿Bailas, pimpollo? (Magda mira a Arolas y vacila.) Vamos, nena. (Bromeando.) ¿O es que éste ya te ha acaparado? ¿Vais a casaros, tórtolos..? (La coge de un brazo.) Anda, ven.

ENRI. (Separando a Juárez brutalmente.) No baila. Y además, de usted. Esta señorita es... (Deletreando.) Mag... da.. Gi... rón.. Si tú crees tener derecho a otro trato, dilo.

(Charo y Cascabelito dejan de bailar. Hermida para la música.)

JUÁREZ Hombre, Enrique, te creía Quijote, pero no tanto, caramba. Estaba de broma, y además...

ENRI. Además, ¿qué? Por mujer, debes respetarla. Por niña, defenderla. Por caída, amarla. El hombre que abusa de su fuerza, de su dinero, es un mal hombre. (Pausa y amistoso.) Y tú, que eres un buen muchacho, lo sabes. (A Juárez y a Hermida.) Bailad vosotros con esas chicas tan lindas. Ni a Magda ni a mí nos interesa hoy el baile.

EMILIA (Reconviniendo a Juárez.) Tiene razón don Enrique. Siempre serás el mismo. Además, ¿no veis que aquí no hacéis ninguna falta ya? (A las pupilas.) Vamos, nenas. (A Juárez.) Y tú...

JUÁREZ Yo me voy con ellas.

ENRI. ¿Ofendido?

JUÁREZ No. Contra ti, no.

ENRI. ¿Contra Magda?

JUÁREZ Menos. Contra mi propia estupidez. Comprendo que estuve grosero. Me habían crispado los nervios esas tramposas. Adiós.

ENRI. (Ofreciéndole la mano.) Sin rencor, ¿eh?

JUÁREZ Sin rencor.

HERM. (A Enrique.) Yo también me marcho, pero a la calle.

ENRI. Hasta después entonces.

(Van saliendo todos. La última en desaparecer es Charo la Triste, que se aleja mirando a Enrique con vivo interés.)

ESCENA VII

MAGDA y ENRIQUE

Al quedarse solos, permanecen durante un rato irresolutos. Ella se quita el sombrero y lo deja sobre una silla.

ENRI. Magda.

MAGDA ¿Qué, Enrique?

ENRI. Si viera usted qué raro me encuentro ahora a mí mismo.

MAGDA ¿Por qué, Enrique?

ENRI. Porque esto me parece un absurdo La casa, esas gentes, usted... Es como una pesadilla, como una catástrofe. (Pausa.) Magda, no vuelva usted aquí. ¿Por qué vino usted? Es monstruoso, inconcebible. ¡Si viera usted qué estupor siento! (Magda se deja caer tristemente sobre una butaca.) No vuelva usted. ¿Usted sabe lo que está haciendo? ¿Comprende us-

ted el derroche que hace de su juventud, de su belleza, del apellido honrado que llevó un hombre ilustre? (Viendo a ella ruborizarse.) Pero no se sienta ofendida, mi bien. Al contrario. Le hablo así porque yo comprendo todo esto y lo disculpo.

MAGDA No tuve yo la culpa.

ENRI. (Acercándose a ella, cogiéndole una mano que mira con arrobo y sentándose.) Lo sé, Magda. ¿Qué culpas hay a los diez y ocho años? (Pausa.) Cuando Juárez me dijo que venía usted aquí, ¡usted! no lo creí. Me pareció una novela picaresca o una fúnebre historia de realismo literario. Quevedo y Zola en la fantasía de Juárez. Pero al verla, al darme cuenta exacta, al contemplarla en esta habitación, cerca de este piano, (Señalando la puerta de la derecha.) y de ese sitio... entre aquellas gentes; a usted que nació señorita, que debía tener un novio, se han revuelto en mí el asombro y la ira. Magda, no insista usted. Cambie de vida. Se lo dice un hombre, maduro ya, que podría ser su hermano mayor y quizás su padre. Se lo digo en nombre de aquel señor tan respetable de quien ha heredado usted, porque fué honrado, sólo el apellido.

MAGDA No me hable usted así, Enrique. Me hace sufrir mucho... (Llora.)

ENRI. (Acariciándola.) Pero no llore, nena. Todo se arreglará. Aún cabe la enmienda. Todavía no bajó usted al fondo del barranco. Dígame, ¿por qué ésto? Fué ella, ¿verdad?

MAGDA (Secándose los ojos y un poco airada.) Sí, ella. (Reaccionando.) Pero tampoco ella es culpable. Fué la vida. Quedó viuda, con hijas pequeñas. La mayor se casó y dejó de tratarnos. Mis hermanastros están por ahí Solo treinta duros le quedaron a mi madre. Harta de soportar los desprecios que nos hacían en la provincia, por pobres, vinimos a Madrid y empezaron los apuros. Ella no puede trabajar. Está enferma. Yo, sí quise. Estuve en las películas.

ENRI. ¿Sí? ¿Ha trabajado usted en éso?

MAGDA (Con una pequeña alegría.) Tomé parte en dos obras, pero no me pagaron nada. Dicen que tengo condiciones. Imito a la Bertini muy

bien. (Con ingenuidad de chicuela.) Verá usted... ¿Quiere que le haga una imitación? (Se ríe.)

ENRI. Sí .. Veamos.

MAGDA (Incorporándose.) La Bertini enfadada. (Hace un gesto.) ¿Está bien? (Pausa.) Triste ahora. (Lo hace.) ¿Qué tal?

ENRI. Muy bien, Magda. Se lo digo sinceramente. Muy bien. Ahí tiene usted un camino honrado que puede ser glorioso.

MAGDA (Volviendo a su tristeza.) Llegó a faltarnos que comer. Ella tenía empeñada su pensión. Una noche nos acostamos sin cenar. El casero había amenazado también. Pasamos muchas horas muertas de miedo, aterradas, con la miseria clavada en los ojos. Al día siguiente...

ENRI. (Emocionado.) ¡Pobre nena! (La acaricia.) ¡Pobrecita nena!

MAGDA Se llamaba Temes. Era capitán. Lo mataron en el Fondac, después. Nos daba quiquientas pesetas al mes. (Pausa) No era malo.

ENRI. Y luego, aquí... a esta casa...

MAGDA ¿Qué hacer, Enrique? Vendimos las joyitas. Yo tenía unos pendientes más bonitos... En el Monte se quedaron. Vendimos los muebles, las ropas de cama. Un día hablaron mamá y doña Emilia. Muchos señores que nos conocían de Zaragoza se interesaban por mí. (Pausa.) Dice usted que no vuelva. Ojalá no hubiese venido nunca. (Pausa.) En fin, con tal de que pueda salvar a Esther.

ENRI. Le repugna esto, ¿verdad?

MAGDA Repugnarme es poco.

(Se oye a lo lejos algazara de juerguistas y la voz de Charo que canta.)

CHARO (Dentro, con tono de soleá.)

¡Ay, Señor del Gran Poder,
apiádate de mis penas,
soy una pobre mujer..!

ENRI. También esa muchacha me da angustia.

MAGDA Y a mí. El hombre a quien quiere la está matando. No tuvo suerte la pobre. Querría irse. Claro. La tratan.. nos tratan tan mal.

ENRI. (Mirando su reloj y después sacando la cartera con timidez.) Las ocho, Magda. Tendrá usted prisa...

MAGDA A su lado, no. Es usted tan distinto... Habla

usted de una manera tan honda... Yo no oí hablar así nunca.

ENRI. (Dándole unos billetes con cierto disimulo.) Tenga, Magda, y perdone. (Pausa.) Me sonroja hacer ésto, pero la vida es tan poco elegante.

MAGDA (Dudando si aceptarlos.) Sesenta duros. ¿Por qué, Enrique?

ENRI. Porque le son necesarios, ¿no?

MAGDA No debo admitirlos. Me daría vergüenza aceptarlos.

ENRI. (Cogiendo una mano de Magda y le da cuatro besos leves.) Uno en cada hoyito. (Se ríe.) Me he cobrado con usura, ¿no? ¿Verdad que soy un usurero?

MAGDA (Guarda los billetes en su escarcela. Después mirando con admiración a Enrique lentamente y cayendo en sus brazos.) ¡Qué bueno es usted! (Se abrazan durante un segundo.)

ENRI. (Desasiéndose y paseando nervioso.) Y además, ¡qué diablo! A Hermida le va a parecer una locura, y acaso sea una barbaridad. Pero... (Muy serio) Magda, aquel hombre le daba cien duros al mes ¿Quiere usted un poco más? Será usted mi novia... No soy rico, vivo de mis negocios. Le ofrezco la mitad de mi vida. Te la ofrezco.

MAGDA (Llena de alegría.) ¿Es posible? ¿No me engaña? ¿No me engañas? Dejar ésto. Ser tuya, de un hombre nada más, de un hombre tan bueno, tan generoso. ¿No me engañas, Enrique?

ENRI. Yo no te digo más que ésto, ¿quieres?

MAGDA Sí. Sí. (Va hacia él y le besa una mano. Enrique se zafa y acaricia largamente el cabello de Magda.)

ENRI. Pero, ¿querrá ella?

MAGDA (Inmutándose.) Sí. Sería el colmo. Querrá. (Resuelta.) Y si no quiere es lo mismo. Lo quiero yo y basta. Lo quiero yo, que ya te adoro.

ENRI. (Como aplaudiéndose a sí mismo.) Tenía que ser así. Te he visto de niña. El pasado tuyo no me pertenece. Sí, el futuro. Verte pasar aguas abajo y no cogerte entre mis brazos... Contemplar a un ser inocente que lucha, y quedarse en la orilla, con este egoísmo brutal de los hombres... (Se ríe.) Yo me lanzo, Magda, en mitad del río para salvarte. Lo que ocurra después, allá el destino. Yo sé que este acto es bueno. ¿Locura? Todo lo

grande fué siempre un poco loco. (Pausa.) Oye.

MAGDA ¿Qué, Enrique?

ENRI. No le digas nada a Emilia. Lo que haces es no volver. Si insiste, le pones cualquier pretexto. Y en último caso la echas con la escoba, como si fuera una cucaracha.

MAGDA Muy bien. Como a una cucaracha.

ENRI. Yo te esperaré ahora frente a la Universidad, en un simón. Mañana iremos a los toros con Hermida. Por de pronto, a reir, a olvidar. Luego yo te haré una personita formalucha y todo. ¿Un destino? ¿Modas? ¿Acaso esas películas...? Tengo alguna influencia. Bueno, Magdina, ¿me quieres un poquitín?

MAGDA (Abrazando a Enrique.) Quererte es poco.

(Enrique oprime el timbre y acude Emilia.)

ESCENA VIII

DICHOS y EMILIA

EMILIA (Después de mirar hacia la alcoba y a Enrique.) ¿Qué tal la nena?

ENRI. No está mal. (Dándole un billete a Emilia.) Tome para usted y adiós. ¿Se marcharon esos?

EMILIA Juárez hace un momento. El otro señor se marchó antes.

ENRI. Pues hasta otro dia, ¿eh? Adiós, Magda. (Sale.)

ESCENA IX

MAGDA y EMILIA

(Magda va al balcón. Mira.)

MAGDA Bueno, yo también me voy.

EMILIA Va a venir el marquesito de Saimar, con amigos, gente postinera. ¿Por qué no esperas un rato?

MAGDA (Poniéndose el sombrero.) Porque me aguarda mamá.

EMILIA Vamos, quédate media hora aún.

MAGDA Imposible.

EMILIA Mañana no dejes de venir. Yo creo que esta casa te ha de dar la suerte Aquí pillarás al hombre grande, el que otras tienen, al que

te mereces, el que os cubre de joyas y os hace ricas...

(Entran Charo y Cascabelito.)

ESCENA X

MAGDA, EMILIA, CASCABELITO y CHARO

CASCA. Gracias a Dios que se fué ese pelma. Tres botellas de Agustín y a casita. Para herirlo. ¿Pues y el tío fúnebre ese? ¿No se llama Hermida?

CHARO (A Magda.) En cambio tú... Qué suerte tienes.

MAGDA (Radiante.) Sí. Tengo suerte. Hoy creo que tengo suerte. (Pausa.) Os dejo. Adiós, doña Emilia. (A las otras.) Adiós. (Coge a Charo de ambas manos y ríe.) Adiós.

EMILIA (A Magda.) Que no faltes mañana, ¿eh?

MAGDA (Saliendo.) Adiós.

ESCENA XI

DICHAS, menos MAGDA

CASCA. Le daba un tortazo. Pero, ¿qué tiene ese ratón de pelo rizoso? Nos hace una competencia ruinosa. Es el cerrojazo, doña Emilia.

EMILIA (Sarcástica.) Me parece que no la vais a sufrir mucho tiempo.

CHARO ¿Por qué?

EMILIA Qué se yo. He olido algo. Ya es una perra vieja. Ese Enrique tiene cara de gavilán. Lo que pasa es que... A mí no me arruina ese caballero. Se la voy a quitar más pronto...

CHARO No haga usted eso, doña Emilia. Además, no conseguirá nada. Esa chica odia ésto.

EMILIA Qué sabes tú .. (Pausa.) Como ese tipo no le caiga bien a doña Magdalena... Como no las engarce en oro... (Iracunda.) Sería el colmo. Encontrarse una joya en la calle y viene un vivo y se la lleva. Queda emplazada. (Pausa.) Bueno, voy a dar una vuelta por ahí. (Sale.)

ESCENA XII

CHARO y CASCABELITO

CASCA. Ojalá no vuelva, chica. Empezaríamos a ganar nosotras. Es el cerrojazo, Charín, lo que nos tiene declarado esa.

CHARO Y yo también me alegraría, por ella. Pobre. Merece otra vida. (Pausa.) Y ese hombre sin venir.

(Se sienta junto a la mesa con un codo hincado y la cabeza apoyada en la mano que sacude nerviosa. Cascabelito empieza a hacer un solitario. Se oyen voces estentóreas de hombre que irrumpieran la casa.) «¿Qué elementos hay? Veamos el rebaño. Pronto.» (Entra Escolástica.)

ESCENA XIII

CHARO, CASCABELITO y ESCOLÁSTICA

ESCO. Vamos, nenas. Está el marquesito con tres más. (Cascabelito corre y sale.)

CHARO Yo no voy.

ESCO. ¿Que no vienes?

CHARO No.

ESCO. Niña, tú loqueas.

CHARO No loqueo. Es que ese hombre me da asco.

ESCO. ¿Asco? ¿Habrá señorita del pan pringao? ¿Asco? Asco a los pápiros, al automóvil.

CHARO Y al éter y a... No voy (Airada.) Le digo a usted que no voy. ¿O es que soy una esclava? (Pausa.) El otro día me pegó ese hombre, borracho, y me insultó. Y luego, es más repugnante... No voy.

ESCO. (Seria.) Entonces se lo diré a doña Emilia y te despedirá. Y mira, un consejo. Esta es una casa buena. En otras puede que te esclavicen de verdad. (Pausa e irónica.) ¿O es que heredaste? Nos ha matao la romántica. (Sale iracunda.)

ESCENA XIV

CHARO, después EMILIA

Charo permanece un instante sumida en sus penas sentada desmayadamente junto a la mesa del comedor. Se oye la voz de un hombre que dice: «Pero viene esa estúpida o no.»

EMILIA (Lejana y con imperio.) Charo.

CHARO (Después de una pausa y con tristeza.) Voy... (Hace un gesto desolado. Larga pausa. Entra Emilia.)

EMILIA (Entrando por el foro y descompuesta.) ¿Quién manda aquí, Charo? ¿Tú o yo?

CHARO Usted, pero...

EMILIA ¿Pero qué? ¿Os habéis propuesto arruinarme? Magda, se va con uno; tú lloras por otro... (Pausa y cogiéndola de un brazo.) Andando, niña, que esos no saben esperar. Y sécate los ojos. (Pausa.) Como la otra... Mañana está aquí. (Se oye dentro algazara de hombres que se divierten. Yendo hacia la puerta gritando.) Ya vamos, ya vamos... (A Charo.) He dicho que te despabiles. Andandito, que se hace tarde. (Pausa.) Y la otra...

CHARO No vendrá.

EMILIA También tú te marchaste y has vuelto. Y de que Magda vuelva me encargo yo.

CHARO No vendrá. Esa, no vendrá. ¡Dichosa ella! (Sale sollozando. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete en casa de Magda Girón. Balcón al foro. Puertas a derecha e izquierda. Muebles frágiles y modestos. Sobre una mesa, que estará llena de cachivaches, un aparato telefónico. A ambos lados del balcón, dos jaulas con un canario y un jilguero. Es el medio día.

ESCENA PRIMERA

VICTORIA, sola

VICT. (Al aparato.) No están (Pausa.) Salieron temprano. (Pausa.) Doña Magnalena y la señorita Magda también. (Pausa.) No se oye. ¿Que si volverán? A eso de la una y media. (Pausa, dando una patada contra el suelo) Malditos aparatos éstos. (Al teléfono.) No se oye. Alce la voz, señora. ¿De parte de quién dice usted?... ¿Doña Emilia? ¿Es doña Emilia? ¿La de anoche? (Pausa.) Se lo diré a la señora, descuide. (Pausa. Riéndose y con voz gatuna.) Adiós. (Deja el aparato. Suena lejos un timbre. Victoria sale por la izquierda.)

ESCENA II

ENRIQUE y HERMIDA

Permanece la estancia vacía durante un minuto. Entran Enrique y Hermida.

ENRI. (Volviéndose hacia el interior.) ¿Dice usted que ha salida a las diez? Bien, Victoria. Esperaremos. (A Hermida y ya dentro ambos.) ¿No en-

cuentras rara esta salida? Nada me dijo Magda. Es más. Asegura que no sale nunca sino conmigo. Para cualquier fruslería, ver un sombrero, comprar unos zapatos, pide mi autorización. Es extraña esta salida.

HERM. (Mirando fija y lealmente a su amigo.) ¿Ves como hicimos bien?

ENRI. (Sentándose en una butaca y con tristeza.) Sí, es doloroso, peor que doloroso, hasta un poco aleve... pero inevitable.

HERM. Celebro oirte hablar así. Comprenderás lo falso y lo difícil de mi situación. (Mirando hacia la izquierda.) ¿Oirá Victoria?

ENRI. Cierra por si acaso.

HERM. (Lo hace. Vuelve.) Cuando me dijo Irastorza que Emilia Guerra anda ofreciendo otra vez a Magda, callé. Muy amigos somos y mucha lealtad te debo, pero ¿a qué traer y llevar historias sucias, no comprobadas? Sabes que soy demasiado serio para actuar de correveidile.

ENRI. En este caso, como en todos, estás probando algo raro de ver: buena hombría.

HERM. Por eso, cuando me dijo Irastorza que Magda había ido a casa de Emilia dos veces, por la mañana, después de conocerte...

ENRI. (Indignado.) Esa mujer falta a la verdad. Eso es una calumnia cobarde.

HERM Creo lo mismo, Enrique. Y no es que, después de todo, el suceso tuviera la menor importancia... para ti. La fidelidad de algunas mujeres es casi ofensiva.

ENRI. Sí. Pero sería infame. Reconócelo. Yo la quiero, respeto su nombre, compadezco su pasado. Quise .. Quiero redimirla de aquella vida. Reconoce que sería infame.

HERM. Hasta cierto punto. ¿Dónde conociste a esa muchacha? ¿En un convento? ¿Cómo la conociste? (Pausa.) Que ella haga o deje de hacer, siendo lo que es o lo que fué, ¿puede afectar a tu honra, a tu nombre? Yo, te hubiera ocultado esto siempre, a no verte cuesta abajo. (Pausa.) Este asunto, Enrique, se ha ido complicando. Habéis hablado de hijos, de vínculos posibles... (Pausa) Si fuese una aventura... Pero es que veo en peligro hasta tu propia vida. (Pausa.) Hay mujeres que le llevan a uno al ridículo, o al crimen, riendo

a carcajadas. (Pausa.) Callar, me parecía ser cómplice, hacerte traición.

ENRI. (Paseándose nervioso.) Qué miserable soy. Porque esto, esto que hacemos, no tiene disculpa. Si la creo mala, traidora, debo separarla de mi vida, sin ahondar en el asco de su traición; por pudor, por estética. Si la creo buena... (Pausa.) Ese plan, esa complicidad de Irastorza, son ruines. Cazarla en mitad de su impostura. Sorprenderla en mitad de sus vicios. Es mejor acabar, acabar.

HERM Quizás fuese mejor acabar.

ENRI. (Después de vacilar un instante.) Pero, ¡qué remedio! Aceptemos la vida como es: absurda, grotesca... Hay que ahondar en el cieno. Hasta por ella misma. (Pausa.) Y para mi bien. (Pausa.) Para mi bien; porque si ella, ¡ella! fuese traidora... (Vacilando.) con aventar este cariño, con olvidar este dolor... Fué una salida quijotesca. Mi conciencia, al intentar la salvación de esa niña, ¿me podrá acusar de algo? (Pausa.) Y si no es verdad, si Emilia la calumnia por despecho o por no frustrar a su clientela, entonces... (Pausa y lleno de alborozo.) Entonces, a proseguir la obra, a luchar contra esa madre, a seguir creando otra Magda Girón, la que debió ser, la que será. (Pausa.) La Magda Girón de sus nueve abriles ingenuos, cuando jugaba con María Angélica. Estos años últimos serán como una pesadilla inverosímil.

HERM. ¡Qué bueno eres, Enrique!

ENRI. ¿Bueno? ¿A qué llamas tú ser bueno? ¿A gozar para mí solo el dulce, tierno, delicioso amor de Magda? ¿A tener la felicidad inmensa de su cariño? Es bellísima, es encantadora, tan niña, con la primaveral alegría de su carácter. No. Es como llamarle bueno a quien cuida con esmero el jardín que le hace dichoso. Es egoísmo. (Pausa.) ¡Pobre chicuela querida! ¡Cómo la estamos ofendiendo! ¡Qué celada tan inicua la nuestra! Siento horror de nosotros. (Pausa.) Bueno. ¿Y qué dice ese bellaco de Irastorza?

HERM Habló ayer por la tarde con Emilia Guerra y le pidió a Magda. Se fingió un señorito sevillano marchoso. Como es tan simpático y tan charlatán, Emilia quedó en hablar-

le a doña Magdalena. Estuvo aquí anoche.

ENRI. Cuando vengan veremos qué dicen. Si niegan la presencia de Emilia... Eso tendría cara de traición.

HERM. Pero no la recibieron ayer.

ENRI. (Alegre.) ¿Ves tú?

HERM. Podían temer... Tú quedaste en venir anoche. Hoy volverá. No tardará una hora. Irastorza, que es un hombre listo y sabe hacer las cosas bien... (Pausa.) Además, de esto entiende. Acaba de ganar una plaza en la policía secreta. (Riéndose.) Estamos en una aventura de folletín.

ENRI. (Enojado.) Muy desagradable, fea, ridícula.

HERM. Fué a casa de Emilia con tres mil pesetas en billetes .. falsos..., y Emilia debe estar en vilo. Para esta tarde a las seis citó a Magda, Irastorza. (Pausa.) Irastorza no la conoce siquiera. Yo le ofrecí mi ayuda. Es recién casado y necesita vivir, ganar. En el fondo tiene caballerosidad ese pobre diablo.

ENRI. (Exaltado.) Es inmundo esto, es inmundo. Sólo el hecho de que esto se pueda discutir y debatir, es inmundo. ¿Por qué habré sido tan insensato? Que el agua turbia corre... dejarla. ¿Soy yo un redentor? (Sarcástico.) ¿Nací para fraile oblato? Es inmundo.

HERM. Sí. Cuando diste aquel paso, temblé. Quede esto para los señores ricos y crepusculares que no tratan de salvar corazones, y a los cuales les tienen sin cuidado las trapacerías de ellas. Pero tú, no. Esto no es para ti, Enrique.

ENRI. ¡Infame! Yo creo que sí. Juro que sí. Ahora mismo recuerdo detalles y descubro contradicciones... (Exaltado.) La mato.

HERM. ¿Matarla? Acusaría debilidad y, perdona, enchulamiento. Que un hombre mate a su esposa legítima... La traición afecta a la esencia misma del hogar. Pero ¿a una pupila de Emilia Guerra? Enrique, estás loco.

ENRI. ¿Y esa madre? ¿Y ese monstruo? Porque si Magda cede, si ha cedido antes, fué acosada por ella. Ella, que me detesta, que me odia. ¿No ves que soy su rival en el cariño de Magda? ¿No ves que no constituyo el ricacho soñado por su codicia? (Pausa.) Y más desde

hace dos o tres meses, desde que nuestros negocios empeoraron...

HERM. Empeoraron, pero ellas no lo notaron mucho. (Riéndose.) Hasta dejaste el coche por ellas, y los habanos, y el abono del Real...

ENRI ¡Qué bellaco monstruo! (Pausa.) Magda me preocupa. Yo quiero hacer de Magda una mujer buena y feliz. Pero esto no le conviene a ese ser... (Pausa.) Sus ojuelos avariciosos, de sierpe, sólo buscan dinero, ¡dinero! Me han dado ganas a veces, de traer a esta casa un carro de calderilla mugrienta, para amontonarlo a sus pies y enterrarla en ese negro dinero. ¡Qué innoble es esa madre! No hubo ni habrá otra parecida.

HERM. Las madres ¡qué buenas son y qué abnegadas todas! De vez en vez, pone Dios en la tierra una madre así para que resalten las otras en toda su excelsitud sencilla y piadosa. (Pausa.) Pero no debes concederle a esto tanta importancia. En el fondo es un tipo grotesco, hablando siempre de «mi prima la marquesa», «mi sobrina la generala», mintiendo a toda hora, por el placer de mentir. (Pausa.) Tiene tan arraigada la mentira, que preferiría perder mintiendo, que ganar diciendo verdades. (Pausa.) Lo único lamentable es esta chica, a la que no dejará nunca ser feliz... Y la otra, Esther... ¿No te has fijado con qué delectación sensual, codiciosa, habla de la pequeña y de sus quince años? Parece hablar de un negocio futuro.

ENRI ¡Perversa!. No estimar mi acto. Diez meses llevamos ya queriéndonos Magda y yo. Un año casi. Y cada día más taimada esa mujer, más rencorosa. (Pausa.) ¡No estimar mi acto! Que yo adore a Magda, que la comprenda, que haya absuelto sus culpas, que me afane por instruirla, que le haya propuesto destinos, empleos, que sea novio y padre, maestro y tutor... (Pausa.) Que la empuje esa mujer, que la empuje con sus manos de madre, al precipicio. Que la lleve ella misma a ese horror, a morir quizás en un asilo de apestadas, después de envilecerse tanto... Y ahora sin disculpa.

HERM. Sí. Antes pudo hablar de miseria mintiendo. Porque una madre, cose, lava; sirve de-

criada, se abre las venas antes de prostituir a su hija. ¿Pero ahora? Tienen mil pesetas al mes para vivir. Y tú vistes a Magda. Y regalos. Te digo, Enrique, que estamos ante algo patológico, de una maldad tan proterva, que merecía la intervención de los jueces para escarmiento de las madres malas.

ENRI. (Riéndose.) En fin. Tengamos serenidad. Lo único que le pido a Dios es acabar pronto. Así no se puede vivir. (Pausa.) ¿El plan?... Vengan los últimos detalles.

HERM. Ahora en cuanto lleguen ellas nos marchamos. Dices cualquier cosa. Así quedará el campo libre para Emilia. Irastorza irá a las seis menos cuarto. (Pausa y riendo.) Supongo que no te pasará por la imaginación la idea de ir...

ENRI. (Dudando.) No...

HERM. Yo estaré cerca de la casa, en un coche. Si ella va, subiré. Al verme... no sé, ¿llorará? ¿se reirá? No lo sé. Pero sabrá que todo acabó.

ENRI. ¿Y si Emilia te conoce y no te abre?

HERM. Para nuestro fin es lo mismo, pero convendría que Magda supiera a qué atenerse. Con esto te evitas cartas inútiles o represalias infames. (Pausa.) Y te lo repito, Enrique. Yo hubiera querido ahorrarte esto, que es innoble...

ENRI. Ya lo sé, ya lo sé.

HERM. Emilia no me conocerá. Sólo nos vimos una vez hace muchos meses. Y por su casa desfilá medio Madrid. (Pausa.) De película, chico.

ENRI. (Se va al balcón y permanece callado mirando. Se vuelve.) Yo no lo creo. Que insista Emilia movida o no por Irastorza, sí. Que la madre procure... (Reaccionando.) Y ni aún la madre. Sería tan monstruoso. (Pausa.) Además esa misma mujer ha tenido detalles buenos, conmigo; cosas tremendas que serían horribles... ¿Te acuerdas? Cuando fuí a Zaragoza hace tres meses para el asunto de las maderas... Casi me da espanto recordar ésto. (Pausa.) Me dijo: «Enrique le voy a pedir a usted un favor. En aquel cémenterio está enterrado mi esposo. Segundo patio a la iz-

quierda. ¿Quiere usted hacerme el obsequio de visitar su tumba?

HERM. ¡Qué bárbara! Es de Satanás.

ENRI. Y fuí. Busqué entre las lápidas la de aquel hombre austero y honrado. Había un gran silencio. Yo me acerqué al sepulcro aquel, hinqué mi rodilla. Luego tuve un impulso piadoso. De entre una grieta, fíjate, de entre una grieta en el sepulcro aquel nacía una florecilla morada. La tronché, la guardé y se la traje a Magda. Ella la besó llorando... (Suena el timbre.)

HERM. Ahí están. Seamos actores.

ESCENA III

DICHOS y MAGDA

MAGDA (Al entrar corre hacia Enrique y se agarra a su cuello.) Enrique. No te esperaba. Hola, Hermida.

HERM. Buenos días, Magda.

ENRI. Pasábamos por aquí cerca y subimos. Dije, voy a ver a «Pipirigallo». Y aquí estoy. Pero nos vamos en seguida.

MAGDA Pobre «Pipirigallo». Sin saberlo. Sin saber que tenía aquí a su Enriquín. (Pausa.) Oye, ¿por qué me dices siempre esos motes Pipirigallo, Gerineldo? Yo me llamo Magda, Magdalena...

ENRI. (Dulcemente.) ¿No lo entiendes, chiquilla? Te conocí Magda. Magda es el pasado. Cuando te doy uno de esos nombres, me parece borrarlo todo. Es como si te bautizase otra vez.

MAGDA (Quitándose el sombrero y dejándolo sobre una silla.) Oye, venimos de compras. Mamá trae ¡más chucherías!

ENRI. ¿A qué hora salisteis?

MAGDA (Vacilando,) No sé, tarde.

ENRI. ¿A las doce?

MAGDA Eso, a las doce.

ENRI. (Enfadado.) ¿Por qué mientes, Magda? No te he dicho que mentir es feo, es torpe. Habéis salido a las diez.

MAGDA (Avergonzada.) Es verdad. Pero temí si te en-

fadarías por haber estado tantas horas fuera. (Transición.) Hemos ido de compras.

ENRI. (Fijándose.) Sí... ya veo. Esa piel es nueva. Parece una piel de comadreja. Dios sabe qué nombre mal traducido y absurdo le darán los modistos.

MAGDA (Enseñándola.) ¿Te gusta? Quince duros. Me da lástima echar el zorro a diario. Te costó cerca de mil pesetas y temo usarle demasiado. ¿De verdad, te gusta la comadreja?

ENRI. Sí.

MAGDA Lo dices frío.

ENRI. ¿Hija, quieres que me asombre ante una comadreja?

MAGDA Estas enfadado. No eres el mismo, Enrique. ¡Qué serio!

HERM. (Interviniendo.) Hemos tenido un gran disgusto económico. Un negocio perdido. Ya se le pasará. (A Enrique.) Pero es tarde, Enrique.

ENRI. Sí, nos vamos. Adiós, Magda.

MAGDA Espera un poquito aún. Cinco minutos siquiera.

(Lo acaricia. Entra doña Magdalena con las manos llenas de paquetes.)

ESCENA IV

MAGDA, DOÑA MAGDALENA, ENRIQUE y HERMIDA

D.ª MAG. Perdonen ustedes. Esa Victoria cada vez es más torpe. ¿Se iban ya? (Deja los paquetes sobre una butaca.)

ENRI. Sí. Tenemos que hacer.

D.ª MAG. ¿Y esta noche vendrá usted, Enrique?

ENRI. Sí, a las diez para que vayamos al teatro. Hay una novedad en el cine Gloria.

D.ª MAG. Nosotras, de compras. Hacen falta tantas cosas en una casa.

ENRI. (Con reticencia.) Ya lo creo. Hacen falta tantas cosas...

D.ª MAG. Seda para camisas de ésta. Y una falda para mí. Y colonia y.. qué se yo. (Pausa.) En Recoletos encontramos a mi prima la marquesa de San Feliciano. (Pausa.) ¿Quieren quedarse a almorzar? Tenemos angulas. Están carísimas. Hemos venido cargadas como

borricas. Gracias a que tomamos un coche. Vamos, quédense.

ENRI. No, gracias, doña Magdalena. Después vendré para ir al teatro. (Pausa, y luego de dudar, cariñoso.) ¿Y qué? ¿No ocurre nada que contar por el mundo?

D.ª MAG. (Vacilando.) De particular nada. (Pausa.) Es decir. Debo decírselo a usted. Ayer vino una señora en un coche de lujo a verme, y no la recibí.

ENRI. (Con estimación.) Hizo bien. (Pausa.) Una pequeña observación. ¿Me permite esa pedantería? Jamás viene la felicidad en coche de lujo a nuestra casa. En coche sólo viene la perfidia, que se disfraza para engañarnos. La dicha sube mal vestida, misteriosa y secreta, con sus leves pasitos de ensueño. (Pausa.) Bueno, y adiós.

MAGDA (Zalamera.) ¿Sin acariciar a nuestros hijitos? (Va hacia una jaula y la descuelga para mirar.) ¿Tienes agua, bonito mío, canarín pequeño? (Vuelve a colgarla. Hace igual con la otra.) ¿Y tú, monín? (A Enrique.) ¿Ya no quieres a tus nenes simpáticos, a los pajaritos de «Pipirigallo», a los pobrecitos?

ENRI. Sí los quiero. Y a ti. (Se acerca a ella. La coge de una mano y la atrae hacia las candilejas. Hermida entretiene a doña Magdalena.) Oye, ¿dudas de mi cariño?

MAGDA No. (Pausa.) Pero a veces me dice el corazón que me vas a dejar. (Pausa.) Anoche soñé que me dejabas y sufrí de un modo... (Pausa.) Y puede que me dejes. Tú quieres mi juventud... Dime, ¿me dejarás?

ENRI. (Emocionado.) Sí, quizás... Cuando tengas sesenta años y yo... (Pausa.) Entonces te dejaré porque me habrán llamado de allá... (Señalando al cielo y riéndose.) a dar cuenta de mis crímenes. (Pausa y volviendo a coger las manos de Magda.) ¿Dudas de mi cariño?

MAGDA No. ¿Por qué dices eso? y tú de mí, ¿dudas?

ENRI. Temo. Le temo a tu madre. (Pausa.) Oye. Si alguna vez te vieras en peligro, si te quisieran hacer vacilar, piensa en mí, en Enrique, en que te saqué de aquéllo para salvarte, en que nadie, nadie, te ha querido ni te querrá tanto como yo. (Pausa.) Hasta luego. ¿Vámonos, Hermida? Abur, doña Magdalena. (En

la puerta y a Magda.) A las diez, ¿eh? (Lentamente.) Yo quiero volver a las diez.

ESCENA V

DOÑA MAGDALENA y MAGDA

D.ª MAG. (Después de mirar hacia la puerta con enojo.) Qué encanto de hombre. ¿Te fijaste? (Imitándolo.) «Yo quiero volver a las diez». Pues si quieres, ven; que nadie te lo impide. Es decir... por mi gusto...

MAGDA (Enojada.) Mamá, qué pesada te pones contra Enrique.

D.ª MAG. ¿Yo? Es él quien se pone.

MAGDA ¿Contra ti?

D.ª MAG. Contra ti, que es peor.

MAGDA ¿Contra mí? Es el colmo que digas eso.

D.ª MAG. El colmo, ¿de qué? (Iracunda.) Dime que le quieres, que estás loca por él. Eso, bueno. Pero no me digas que te conviene ese hombre. Para saber elegir, la de al lado. Don Roque ya le tiene regalada una finca. Y lleva cada brillante...

MAGDA Pero, ¿es que los brillantes son muy necesarios? (Mirando en derredor. Será necesario, digo yo, ésto: un pisito, unas sillas, comer, vivir. Y todo nos lo da Enrique, y de sobra. (Pausa.) Y además, cariño, cariño, mamá. ¡Cariño!

D.ª MAG. (Más furiosa.) ¿Cariño? Egoísmo. Eso es lo que tiene y lo que da. (Pausa y acercándose a su hija.) ¿No te quiero yo, yo que soy tu madre? Pues te lo digo y te lo repito. Ese hombre te está perjudicando. Se llevará tus mejores días, impedirá que te salga una proporción, y luego, cuando se canse, la patada.

MAGDA ¿La patada? (Pausa.) Bueno, dejémonos de historias. Ha querido...

D.ª MAG. (Sarcástica.) Sí, darte un empleillo en Hacienda. (Se ríe.) Ocho mil reales para ti sola. Te da el destino, te quita la pensión y has hecho tu suerte. (Pausa larga.) Doña Emilia ha vuelto a llamar. Habló con Victoria... (Gritando.) ¡Victoria! (A Magda.) Verás, debe ser algo importante.

ESCENA VI

DICHAS y VICTORIA

VICT. (Entrando.) ¿Quieren almorzar ya las señoritas?

D.ª MAG. No. Yo hoy no almuerzo. (A Magda.) Chica, me atraqué de cangrejos y jamón y no tengo pizca de gana.

MAGDA Ni yo tampoco probaría bocado.

D.ª MAG. (A Victoria.) Cuando usted quiera, come. Guárdenos esas angulas para luego. Yo misma las calentaré. (A Magda.) Vivimos como bohemias. Y todo por culpa de Enrique. (A Victoria.) ¿Qué dijo doña Emilia? Repítalo ante la señorita Magda.

VICT. Que si estaban ustedes, que tenía un notición, que vendría después. No debe tardar. (Pausa.) ¿Manda usted algo?

D.ª MAG. Nada. (Sale Victoria.)

ESCENA VII

DOÑA MAGDALENA y MAGDA

D.ª MAG. ¿Qué notición?... Ojalá. Porque estamos haciendo el primo de una manera...

MAGDA (Chulesca.) ¿Tú el primo?

D.ª MAG. Y tú. (Pausa.) Ayer no la recibí porque temí si coincidiría con ése, pero hoy le hablo. (Pausa.) ¿Se pierde algo con oir?

MAGDA Si quieres perder el tiempo a gusto, puedes hacerlo. (Destapa el paquete. Saca una pieza de seda rosa. Coge una sillita baja, el costurero y se acomoda junto al balcón.) Voy a trabajar.

D.ª MAG. Ya veremos si pierdo el tiempo o no. Depende. Supón que doña Emilia...

MAGDA (Enhebrando una aguja) Así me trajera al emperador del Japón, mamá. Y al Papamoscas de Burgos y al Archipámpano.

D.ª MAG. Estás fresca. Como que voy a consentir yo que tires tu vida al arroyo. Lo que pasa, es que vendrá con alguna tontería. (Pausa.) Por más que no hablaría de darnos un notición en ese caso.

MAGDA ¿Noticiones ella? Desazones.

D.ª MAG. ¿Por qué no? ¿O es que sólo le vas a gustar al mamarracho ese? Un día cualquiera, se prenda de ti...

MAGDA (Irónica.) Un senador. Como el de la de al lado. Ese es quien sube en el ascensor apuntalándolo antes. (Se levanta.) ¿Pero, tú crees que una es de corcho, un cacho de carne, algo que se compra por cuartos de kilo?

D.ª MAG. No. Pero tampoco se debe despilfarrar una.

MAGDA Despilfarrar. ¡Qué frase! (Vuelve a la costura. Pausa. Airada.) Además, me da asco que esa tía use el teléfono, mi teléfono, el que Enrique me puso para hablar conmigo. ¿Habrá tía sin vergüenza? (Pausa.) Mamá, ¿te gusta la vainica ésta? (Mostrándola.)

D.ª MAG. (Distraída.) Sí.

(Suena el timbre.)

ESCENA VIII

DICHAS, VICTORIA, después EMILIA

VICT. (Desde la puerta.) Es doña Emilia.

D.ª MAG. Que pase.

MAGDA No la recibas, mamá.

D.ª MAG. (A Victoria.) Que pase.

(Sale Victoria. Madre e hija permanecen calladas un momento.)

EMILIA (Entrando.) ¿Se puede?

D.ª MAG. Sí. (Pausa.) Siéntese, doña Emilia. (Pausa y después de sentarse Emilia.) ¿Qué ocurre? (Pausa.) Sé que estuvo usted anoche a preguntar por mí. La portera subió el recado.

EMILIA Sí. Y llamé dos veces hoy por teléfono. (Señalando a Magda.) Vengo por esa tontina...

MAGDA (Sin mirarla.) ¿Por mí? (Cantando.) ¡Ja, ja, qué risa tengo! ¡Ja, ja, qué risa me da!...

EMILIA (A doña Magdalena.) ¿Qué le parece a usted? Pero ahora viene. (A Magda.) Vienes. (Con energía.) Ahora vienes, Magda. (A doña Magdalena.) Mientras la han pretendido pelanas, bien. Se puede elegir. Pero es que ahora... Vamos, la suerte, doña Magdalena, la suerte que se les entra a ustedes por las puertas. Sería caso de conciencia dejarla ir.

D.ª MAG. Diga usted, ¿qué es ello?

EMILIA Nada. El soñado. Un muchacho de Sevilla,

más guapo y más retrechero, y con cada pápiro que marea. Lleva la cartera, que necesita un mozo de cuerda para ayudarle a sacarla del bolsillo. Vino a mi casa yo no sé las veces. Está chifladito por ésa. ¡La vió, la ha seguido, lleva el pobre una peregrinación! En fin, para acabar, ofrece así, de rondón, tres mil pesetas.

D.ª MAG. (Estupefacto.) ¿Qué? No es posible.

EMILIA Tres mil. Y las he visto yo. No es de guasa. Anoche, cuando fué a enterarse de mi paso cerca de ustedes, descorchó allí cinco botellas de champán. Vamos, es el chipén. (Pausa.) Además, esas tres mil pesetas son el principio. Se llama Paco, y es más gracioso! ¡Tiene unos golpes! Cascabelito le anda haciendo cucamonas, pero él esta por Magda, y sólo por Magda. (Pausa.) Ese, Magda, es de los que un día se van a la Habana en tercera, después de haberse dejado por unos ojos, ochenta mil duros.

D.ª MAG. ¡Qué hermosura! ¡Pero si parece un sueño!

EMILIA Cá. Eso tenía que suceder. Hay cada fea por ahí, más llena de oro. Y Magda es una preciosidad. Y luego los pañales que se cotizan. No es lo mismo una chulita cualquiera que Magda, la hija de un personaje. (Pausa.) Tenía que suceder, doña Magdalena. Yo misma estaba extrañada de que esta chica no tuviera suerte. Con ese pelo rizoso, tan bonito, y esa juventud, y esa gracia. En fin, ya me tendrán ustedes en su devoción, ¿eh? No dirán que doy la mala sombra. (Pausa. A Magda.) A las tres te espera en casa el muchacho. ¿Irás?

D.ª MAG. Vaya si irá.

MAGDA (Que ha permanecido cosiendo y con los ojos bajos, se pone de pie y avanza retadora hacia Emilia Guerra.) ¿Yo? ¿Yo ir? Mire usted. Ni hecha picadillo.

EMILIA Son tres mil pesetas.

MAGDA Así fueran tres mil duros.

EMILIA ¿Tanto te da ese hombre?

MAGDA Me da lo que yo necesito. Y me da, además, lo que usted quiere quitarme: la decencia. (Emilia ríe.) Y la alegría. Desde que le conozco estoy ufana y voy por las calles a mis anchas, sin que nadie tenga por qué afrentarme. (Pausa.) Además, lo quiero, lo quiero. Lo quiero mucho, ¿sabe usted?

EMILIA No tiene por qué enterarse.

MAGDA (Se ríe.) ¿Una traición? ¿Una traición, eh? Vaya, se calla usted o yo misma la echo de esta casa, que ojalá no hubiera usted pisado nunca. (Emilia se levanta.) ¡Ea, largo de aquí!

EMILIA (A doña Magdalena.) ¿Pero, oye usted? Además, ¿qué traición? Tú...

MAGDA No me recuerde usted aquel asco. Fué a poco de conocerle, cuando yo no lo quería ni él a mí tampoco. No hubo traición. ¿Sabía yo entonces todo lo bueno que es Enrique? Váyase usted de aquí. Si yo fuese ahora a su casa, ahora, queriéndole tanto, me parecería como si pisotease un alma leal. Es mi ángel bueno ese hombre. (Llorando.) ¿Por qué me ha recordado usted aquéllo?

EMILIA (A doña Magdalena.) ¿Pero, oye usted? Si nos ha salido una abadesa... Vamos, la oigo y no lo creo. Que hayas rechazado otras veces, cuando vine sin algo extraordinario, pase. (Con cariño.) Ea, Magda, ¿te decides?

MAGDA Fuera de aquí, he dicho Y como vuelva usted a llamar por teléfono se lo digo a Enrique, y verá usted lo que le ocurre. (Viendo aún dudar a Emilia.) ¡Largo, largo!

EMILIA (Ya desde la puerta.) Ya me voy, hija; ya me voy. Algunas locas he conocido, pero ninguna tanto como tú. Otra se llevará las pesetas y lo demás, que eso era el comienzo.

D.ª MAG. (Con energía.) ¿Ha dicho usted que a las tres, no?

EMILIA A las tres.

D.ª MAG. Descuide, doña Emilia; irá.

EMILIA (Saliendo.) Mira, Magda, que es por tu bien. (Vase.)

ESCENA IX

DOÑA MAGDALENA y MAGDA

D.ª MAG (Volviéndose enérgica desde la puerta, hasta donde acompañó a Emilia.) Irás, Magda.

MAGDA (Sentándose otra vez en la sillita baja y cosiendo.) ¿Yo? Ni en pedazos.

D.ª MAG. Entonces, te llevaré de nuevo al colegio.

MAGDA (Alzando la cabeza consternada.) ¿Serás capaz?

D.ª MAG. Sí. Por tu bien. (Pausa.) Hasta ahora no me he opuesto del todo a tus caprichos. Pero

ahora, me opongo. Lo que haces es un disparate, una locura Estás bajo mi autoridad. Yo soy quien manda y no tú, ¿entiendes?

MAGDA (Yendo hacia ella y abrazándola.) Sí, mamá, sí. Tú mandas. ¿Pero también en mi corazón? Yo quiero a Enrique. ¡Es tan bueno! (Acariciando a su madre y después de una pausa.) Mamá, no me quites este cariño. No me lo quites. Me quitarías la vida. (Llora, besando sus manos.) Te lo pido por Dios, por papá... ¡Es tan bueno, tan leal, tan honrado!...

D.ª MAG. Calla. (Pausa.) ¿Leal? ¿Honrado? Un egoísta, y sólo un egoísta.

MAGDA (Enjugándose los ojos en el pañuelo.) Dime que no me llevarás al colegio.

D.ª MAG. De ti depende. (Pausa.) Pero, ¿es que ese hombre te ha embrujado? Ese hombre es tu enemigo y el mío. Con la broma de su bondad y de su desinterés, nos tiene en la miseria

MAGDA ¿En la miseria?

D.ª MAG. Casi ¿Nos queda algo para acabar el mes?

MAGDA El dió lo prometido y más. Gastamos mucho.

D.ª MAG. Vamos, querrá hacer economías el pobre. Que vengamos a pata al descampado donde nos tiene. Que... (Pausa) Ese hombre va a ser nuestra ruina y yo no lo consiento.

MAGDA ¿Nuestra ruina? ¿Pero dices eso en serio? (Pausa.) Enrique me quitó de aquella vida y se preocupa de nosotras, y me quiere. ¡Que no me da brillantes! ¿Los tiene él?

D.ª MAG. Pues si no los tiene que los sepa ganar. (Pausa.) Es muy cómodo. Coger a una criatura sin experiencia, decirle cuatro palabras bonitas al oído y quitarle la suerte. (Pausa) Y a mí. ¿Pero tú notas de qué modo me trata?

MAGDA No te trata mal. Es que no os comprendéis.

D.ª MAG. ¿Que no me trata mal? Siempre riéndose de mis cosas. Que si miento, que si tengo vanidad, que si mi prima la marquesa, que si influyo en ti. Ni un mal sombrero me ha comprado. (Pausa.) Pues anda, ¡que el amigo ese!

MAGDA (Riéndose.) Mamá, no seas suegra

D.ª MAG. Insúltame. Anda, insúltame. Llámame sue-

gra. Dí también que soy ridícula y mala. (Lloriqueando.) Este es el pago que le dan a una los hijos.

MAGDA (Acercándose y mimosa.) No llores. Piénsalo bien. Yo le hablaré, le diré que te disculpe.

D.ª MAG. (Airada.) ¿Que me disculpe? ¿De qué? (Ofendida.) Eso es decirme que soy yo la culpable de todo. Y no lo tolero. No tolero más esta vida. Me va a quitar tu cariño, el de mi Magda, el de mi hija... Mal hombre, mal hombre. Hasta hoy ya ves que transigí. Pero ni un minuto más. Ya ves. Desairar a doña Emilia, que viene la infeliz, tan contenta, a ofrecernos un dineral, y quién sabe... (Pausa.) No puedo más, no puedo más. (Pausa.) Elige; él o yo.

MAGDA (Horrorizada.) ¿El o tú? ¿Pero que estás diciendo?

D.ª MAG. Que me voy de esta casa. Clarito. Que me voy. Así no podemos seguir viviendo. Es un infierno esta vida. Siempre en lucha, siempre con disgustos. Es para morirse. (Pausa.) Ya ves si soy buena. Ni colegio, ni castigos, ni nada. Madre soy y debo sacrificarme. (Pausa.) Pero me voy. Eso ya no tienes derecho a exigírmelo. Que yo me muera de angustia aquí, viéndole la cara a ese hombre, aguantando sus ironías, contemplando cómo me roba tu cariño.

MAGDA (Con susto.) ¿Tú, irte?

D.ª MAG. Sí. Irme. (Pausa.) Ya encontraré otro rincón. Seré rodrigona, trotona. Si tanto lo quieres, hártate. Pero sola. Yo no aguanto más, no soporto más esta situación. (Avanza hacia la puerta de la derecha.)

MAGDA (Con estupor.) ¿Pero me dejas, madre? ¿Dejas a tu hijita?

D.ª MAG. No te dejo. Me echas tú. (Sale.)

ESCENA X

MAGDA sola

Magda va al balcón y llora desconsoladamente. Regresa doña Magdalena, de sombrero, con un maletín en la mano

ESCENA XI

DOÑA MAGDALENA y MAGDA

MAGDA (Viéndola corre hacia ella y se ase a su cuello.) Mamá, mamá.

D.ª MAG. (Rechazándola tristemente.) Déjame. Es el sino. Que cada uno siga el que debe seguir. Ese hombre se salió con la suya. Adiós, Magda.

(Avanza hacia la izquierda. Magda la sigue, llorando.)

MAGDA ¿Pero te vas de verdad, madre? ¿De veras? ¿Pero es posible? ¿Tú, mi madre? Y me dejas así... ¿Pero es de veras?

D.ª MAG. Y tan de veras. Comprende. ¿Es vivir ésto? Mejor acabar cuanto antes. (Pausa.) Prefiero morirme de hambre que comer un pan tan amargo y tan triste. Adiós. Que seas feliz. Ya sabes cuánto te quiero y cuán de veras siento lo que ocurre. Pero es inevitable. Adiós.

MAGDA (Interceptando la salida.) No te irás.

D.ª MAG. De ti depende, Magda. No creí que esta escena llegara tan pronto. Pero llegó.

MAGDA (Acariciándola.) Quédate, mamaíta. Te lo pido llorando. Te lo suplico de rodillas, con los brazos en cruz. (Se arrodilla.)

D.ª MAG. ¿Para qué? Ese hombre y yo somos incompatibles. Si me quedase ahora, mañana, luego, tendría que irme. Más vale cortar de una vez. (Pausa.) Espero que me verás, que me buscarás .. Pero no seré un estorbo muy duradero. Es tan difícil vivir así, vieja (Pausa.) Ni siquiera Esther podrá evitar que yo acabe pronto.

MAGDA (Gritando.) ¿Pero qué dices? ¿Es que vas a sacarla del colegio?

D.ª MAG. No sé... Quizás... Estar sola es tan triste... Y luego, ¿cómo vivir sin el calor de una hija? Ya que tú me abandonas me refugiaré con ella.

MAGDA No harás eso. No harás eso. Sería un crimen. Oyelo. ¡Un crimen, un crimen, un crímen!

D.ª MAG. De ti depende. (Magda solloza. Hay un momento de silencio en el que Magda se queda mirando con estupor a su madre. Después le quita el sombrero y

el maletín con suavidad. Lloran las dos.) ¡Qué buera eres, hija!

MAGDA Puede que no. (Va hasta los pajarillos y los mira con pena. Pausa. Pasea con irresolución. Las dos mudas.)

D.ª MAG. (Mirando un relojillo que habrá sobre cualquier mueble.) Las dos y media ya, Magda.

(Magda se queda suspensa un instante. Después coge su sombrero y se lo pone mirándose ante el espejo. Se da colorete.)

MAGDA (Avanzando hacia la izquierda.) Adiós. ¿A qué hora nos veremos?

D.ª MAG. Yo iré allí, no vayan a robarte a la vuelta. ¡Hay tan mala gente!

MAGDA (Saliendo.) Adiós, hasta después.

D.ª MAG ¿Sin darme un beso? (Va hacia ella lentamente y la besa en la frente despacio.) Se iba sin darme un beso, ¡la ingrata! (Magda sale. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto

ESCENA PRIMERA

MAGDA y EMILIA

Ambas entrando desde el foro cruzan la estancia y llegan hasta la puerta de la derecha

EMILIA (Mientras caminan.) Aquí podría verte cualquiera. Espera ahí dentro. Pero no tengas miedo, chiquilla. Ya ves, cuando estuviste aquí con Pepe Almagro, ¿quién se enteró? (Pausa.) Cuando venga, yo misma te avisaré.
(Sale Magda por la puerta aludida. Emilia cierra regresando al centro de la estancia.)

ESCENA II

EMILIA, después HERMIDA

Emilia va junto al aparador y cuando está abriéndole aparece Hermida por el foro

HERM. Perdone un momento. ¿Dónde está Magda Girón?

EMILIA (Sagaz.) ¿Magda Girón?

HERM. No se haga de nuevas, Emilia. La señorita de Girón, amiga de usted. La he visto subir hace un momento. (Pausa.) ¿No me recuerda usted?

EMILIA (Dudando.) No, perdone. Ve una a tanta gente.

HERM. Soy Hermida, amigo de Enrique Arolas. Hablamos usted y yo el día en que Magda y Enrique se conocieron. Discutimos. Yo no creí que esa mujer fuese una señorita de verdad. (Pausa.) Ya ve usted si acerté.

EMILIA (Alarmada.) Entonces... (Pausa y suplicante.) Un escándalo, no.

HERM. (Llevándose un índice a los labios.) Usted es una mujer razonable, ¿verdad? Usted no quiere escándalos, que esto se sepa, que aquí ocurra un drama.

EMILIA ¿Un drama? Claro que no. ¿Cómo voy a querer eso?

HERM. Pues si quiere usted evitarse un tropezón muy serio, no tiene más que un camino: ponerse de mi lado, ayudarme. (Pausa.) Fíjese bien en lo que voy a decir. Magda es menor de edad. Usted está cometiendo un delito que castiga severamente el Código.

EMILIA (Muy asustada.) Magda ha venido porque quiso venir, porque se lo mandó su madre.

HERM. Si fuésemos a extremar las cosas, esa doña Magdalena, corruptora de su propia hija, se habría ganado.. ocho o diez años en la galera de Alcalá. Usted, cómplice, tres o cuatro años. ¿Usted cree que estas atrocidades se pueden hacer impunemente? (Pausa). Además, el muchacho a quien espera usted puede actuar aquí de manera inflexible... (Pausa.) Para que salga usted codo con codo de esta casa, no tiene más que traicionarme.

EMILIA ¿Yo traicionarle?

HERM. Hacer que Magda se escape sin que yo la vea.

EMILIA ¿Y qué se propone usted con verla?

HERM. Nada. Eso. Que me vea, que se entere, que asista a toda la transcendencia de su conducta desleal. Sólo eso. (Pausa.) Usted no debe hacer más que una cosa. Fingir ignorar mi presencia. Ayudarme a resolver este pequeño asunto, que puede traerle a usted, Emilia, un disgusto muy grande, y a...

EMILIA Comprendo. Quiere usted sorprenderla aquí, hablando con ese... señor. Vaya un pez que está ese señor. (Pausa.) Me parece bien. Ha sido usted más listo que nosotras... Pero hay una cosa que no entiendo.

HERM. ¿Cuál?

EMILIA No le era a usted bastante... (Señalando a la derecha.) Allí está. La llamo, se ven ustedes, y a otra cosa.

HERM. Pensé así. Y no es que a ese señor, que por cierto es un señor, aunque pobre, le interese Magda lo más mínimo. El la respetará por respeto a mí. (Pausa.) Pero es preciso que ésto, ¿entiende usted? sea definitivo; que no quede un resquicio por donde se pueda escabullir la mala fe. Que hablen. La cuestión, ¿entiende usted? está en que se vean. Que no quepa una disculpa. (Pausa.) Yo no la quiero sorprender con él. Sería un poco absurdo. Quiero hablarle a solas, pero después, sin que ella se atreva a negar.

EMILIA Es usted muy vivo.

HERM. Juez, Emilia. No ejerzo, pero estoy en detalles morales y conozco todas las psicologías. ¿Negaría ella? (Pausa.) Y no lo hago por Magda, que es una chica ingenua, y acaso buena en el fondo, sino por la otra, por su madre. Enrique no supo o no quiso ahondar en esa sima de bribonería. A mí, la casualidad me puso un poco en antecedentes. Esa doña Magdalena es peligrosa Como la víbora, pisada y todo, muerde. Debe hacer estafas, practica el anónimo, la amenaza. A los Enriques anteriores... Al segundo amante de Magda, la segunda venta hecha por esa madre, lo ha estado cercando, exprimiendo. Por poco le cuesta la vida.

EMILIA Sí De cuidado es la señora esa.

HERM. Pues si es de cuidado, ahora comprenderá el mío por zanjar este pleito bien. Y no es que yo quiera vengarme de nada. Ni soy el ofendido ni hay por qué. Pero sí es preciso hacer sentir la superioridad espiritual un poco, dejar sin dientes ni garras a la fiera, humillarla, darle a entender que lucha, no con Enrique el soñador, sino conmigo que estoy en la realidad, que he manejado autos peores que éstos y he vivido conciencias más negras que la suya. (Pausa.) Más no; la conciencia de esa mujer es una sentina. (Pausa.) De modo, Emilia, que ya sabe. No quiero engañarla. Estoy dispuesto a todo. Si quiere usted salvarse en este pequeño naufragio, sólo eso le pido: silencio.

EMILIA ¿De veras sólo eso?

HERM. Y debe usted agradecérmelo, Emilia. Enrique supone que esta escena infame, que esta situación abyecta y ridícula ocurrirá luego, a las seis. (Pausa y sarcástico.) Mal asunto, Emilia. Por esta vez no dió usted pruebas de ser nada suspicaz. La hemos cazado a usted.

EMILIA ¿Yo...? ¿Tengo yo la culpa de algo? Mi obligación es ésa. Un poco fea es, ¿no? lo reconozco, pero hijo, una habla.. y las demás dicen que sí o que no. (Pausa.) Pero dígame... Comprendo que no piso buen terreno y le agradezco, la verdad, que no haya avisado a Enrique. ¿La quería? (Pausa.) ¡En qué cosas se mete una a veces!

HERM. Usted no es aquí la culpable. Claro que su oficio, (Sarcástico.) no es para la cruz de Beneficencia; que esto debiera evitarse, perseguirse. (Pausa.) Pero yo no he venido aquí a teorizar, Emilia, sino a actuar para salvar de sus quimeras a un niño eterno. Le debo cuanto tengo. (Pausa.) Soy como el cirujano. (Pausa.) Rajar carne podrida y evitar una infección a tiempo. Lo que pudo, Emilia, ser quizás trágico entre usted y yo, lo vamos a convertir en sainete.

EMILIA (Farisaica.) Tiene usted razón. (Pausa.) Pero estoy impaciente, asustada. ¿Qué debo hacer?

HERM. ¿Qué debe hacer? Ya se lo dije. Callar. Dejar que los sucesos ocurran como el azar quiera. Usted va a perder, claro, la ilusión estúpida de una ganancia fabulosa... Cuando venga Irastorza, que no puede tardar, me avisa usted (Pausa.) ¿Y esta habitación?

EMILIA No tiene otra salida.

HERM. (Yendo hacia la puerta.) Nada más entonces... (Pausa.) Emilia, usted como si tal cosa. Cara de fiesta y a encoger los hombros. (Sarcástico.) Otra aventura desquitará ésta.

EMILIA (Reflexionando.) Lo mejor será que yo levante el vuelo en cuanto llegue ese señor. Me pongo el sombrero y me las piro. Va a venir doña Magdalena. Cree en el negocio y no se fía ni de su sombra. Al ver a la chica sin el dinero, nos muerde. ¿No le parece a usted que debo marcharme? (Pausa y riéndose.) Aquí

queda Escolástica. Es muy diplomática.

HERM. Vamos pues. (Llega hasta la puerta del foro.) Y ojo, Emilia. Un soplo es la cárcel.

(Ella hace un gesto de complicidad. Sale Hermida.)

ESCENA III

EMILIA; después, ESCOLÁSTICA, y después IRASTORZA

Emilia va hasta el balcón para observar la calle. Instantes después se asoma Escolástica por el foro.

ESCO. (Frotándose las manos.) Ahí está el señorito Paco Irastorza, el de los billetes grandes. Dice que le vayan llenando el baño de champán

EMILIA (Cómicamente indignada.) ¡De champán, el muy sinvergüenza! ¡De vitriolo! (Pausa) Que pase.

(Retírase Escolástica y entra Irastorza risueño.)

IRAS. Hola, elemento. ¿Llegó ese querube? Abajo está el 40 H. P. para seguir la juerga. Vete avisando, entretanto, ocho o diez kilos de jamón. Y cierra las puertas. Y que no entre nadie. Todo corre de mi cuenta. Pues vamos a empapelar la casa con billetes.

EMILIA Serán del metropolitano. (Pausa y amenazándole con la mano.) En buena me ha metido usted.

IRAS. ¿Yo?

EMILIA Bien me ha engañado usted. ¿Conque loquito por la chica, conque un señorito sevillano, conque tres mil pesetas? (Pausa.) ¿Por qué se ha metido usted en ésto?

IRAS. ¿Por qué te metiste tú en lo otro?

EMILIA De labia no anda usted mal, amigo.

IRAS. Pero, ¿quién te ha puesto a ti en antecedentes?

EMILIA ¿Quién? Su cómplice. El juez.

IRAS. ¡Pero habrá bruto! (Pausa.) Entonces, ¿todo se estropeó?

EMILIA Para mí, si.. Paco. ¿No se llama usted Paco? ¿El saladísimo Paco?

IRAS. Paco me dicen. En eso no te mentí. Paco Irastorza. Pupilamen. ¿Qué pasa?

EMILIA Pasa que todas hemos mordido el queso, que sí, que hay pupilamen. (Pausa.) ¡Pero

habrá tío de mala sombra! Si parecía usted un vizconde enseñando los billetes...

IRAS. Hechuras que tiene uno. Bueno, pero narra.

EMILIA Nada. Que vino el juez, que me lo dijo todo, y que yo... la verdad, estoy con ustedes. Habló, nombró no sé qué galera y se me puso la carne de gallina.

IRAS. ¿Entonces, habló ya con esa virtud? Lo siento, porque pensaba decirle cosas... Me traigo un vocabularlo escogido.

EMILIA No. La verá usted. El juez quiere... ¿Cómo dijo? Algo de garras, de víboras. Se refería a la madre.

IRAS. Debe ser una pantera esa señora.

EMILIA Pero no maltrate a la pequeña, ¿eh? El mismo Hermida la compadece. Mire usted. Lo sé yo. Con otra madre...

IRAS. ¿Maltratar? ¿Me supone usted capaz de eso? (Pausa.) Es... vamos, un poquitín de guaseo. La chica no es de altar tampoco. (Pausa.) Déjame solo. ¿Dónde anda?

EMILIA (Señalando hacia la derecha.) Allá.

IRAS. ¿Y ése?

EMILIA Yo le avisaré.

IRAS. Sin mucha prisa. Me siento inspirado.

EMILIA (Yendo hacia la puerta.) Pues allá voy. (Abriendo la puerta y gritando.) ¡Magda!
(Entra MAGDA sin sombrero.)

ESCENA IV

MAGDA, EMILIA e IRASTORZA

EMILIA (A Magda.) Este es el señor que tantos deseos tenía de conocerte. (Pausa.) Y les dejo.
(Se dan la mano mientras sale Emilia.)

ESCENA V

MAGDA e IRASTORZA

MAGDA ¿De verdad tenía usted muchos deseos de conocerme?

IRAS. Muchos. Ceguera. Me habían dicho que era usted tan bonita como lista, y quería comprobarlo. Pero...

MAGDA (Con fingida coquetería.) Pero, ¿qué?...

IRAS. ¿Qué día es hoy, Magda?

MAGDA (Recordando.) Trece.

IRAS. ¿Trece? Hay números aciagos.

MAGDA (Impaciente.) ¿A qué viene eso? ¿Se quiere usted burlar de mí?

IRAS. ¿No se ha burlado usted nunca de nadie?

MAGDA (Después de mirar fijamente a Irastorza.) ¿Qué quiere usted decir con eso?

IRAS. La verdad. Que si no se ha burlado nunca de nadie... ¡Sería raro! Algunas mujeres suelen tener eso a gala. A veces, ¡claro!, se vuelven las tornas, y donde menos se lo figuran... (Pausa.) «El que a hierro mata...»

MAGDA Entonces, usted... No le entiendo.

IRAS. (Con burla.) Pero, míreme bien y dígame... ¿Tengo yo cara de tres mil pesetas? Si yo poseyera ese dinero, ponía una agencia de policía particular. Ahora he visto que tengo condiciones.

MAGDA (Horrorizada.) Entonces... usted...

IRAS. Día trece, niña. Una mala hierba que debió pisar. (Pausa.) ¿No le ha pasado nunca ésto? Es la vida. A otras, sí. Engañan a los ricos, a los gastosos. Y lo mismo si las quieren como si no las quieren. (Pausa.) ¿No engañó usted nunca a nadie?

MAGDA (Agachando la cabeza con timidez.) Yo...

IRAS. ¿No tenía usted un hombre que le daba dinero y querer? Me habían dicho que sí.

MAGDA (Avanzando hacia él con estupor.) Acabemos. No le comprendo bien. Me hielan sus palabras. ¿Quién es usted?

IRAS. Sin susto, hija; que no es para tanto. Soy... un hombre. Y aquí... (Pausa.) En este momento, un espejo... Mírese en él y verá su propia comedia. Usted y yo estamos representando una comedia. Si mi papel no es demasiado idealista, el de usted... (Pausa.) Dígame, ¿no tenía usted un cariño?...

MAGDA (Reaccionando iracunda.) Usted es un canalla, un traidor.

IRAS. (Iracundo y conteniéndose después.) No le respondo con otras palabras porque es usted mujer. Y óigame bien. Agradezca que no haga un escarmiento peor. Usted es menor de edad, y esto que viene usted haciendo está prohibido por las leyes. ¿Se entera? Prohi-

bido. Cuidadito, moza, con lo que se dice.

MAGDA Usted es un canalla. Lo repito. Un canalla.

IRAS. Si yo fuera un canalla habría empezado por engañar a Hermida, dándole a usted un sofocón merecido. (Pausa.) Y puedo llevarla a la autoridad, incluso para evitar que sigan su madre de usted y esta otra señora haciendo lo que hacen. ¡Pude ser cruel! Usted, a las Arrepentidas, y su señora madre a chirona, donde estaría perfectamente.

MAGDA Qué horror.

IRAS. ¿Qué horror, verdad? Y no hago eso. Y no lo hago porque me dá usted lástima, porque bastante desgracia tiene viviendo así y teniendo la madre que tiene.

MAGDA (Llorando.) ¡Qué bochorno! ¡Qué vergüenza! (Pausa y con horror.) ¿Usted es un amigo suyo?

IRAS. ¿De quién?

MAGDA De... Enrique.

IRAS. No conozco a ese señor; pero si lo conociera, ¿qué? ¿Puede usted acusarme de algo?

MAGDA (Aterrada.) ¿Sabe ésto?

IRAS. No tema, chiquilla. ¿Cree usted que va a llegar furioso, como en las novelas, para soltar cuatro tiros? Qué más querría usted. No. Estas cosas de ustedes, deben tramitarse así, riendo. No tiene importancia, señorita. Se entera uno, se pone remedio, se olvida.. Lo peor va a ser por la mamá, que ya se suponía accionista. (Pausa, en tono de ironía.) Era demasiado mollar el asuntejo. Hay que estar aquí o allá. Lo demás es peligroso. (Yéndose.) Y hasta si la he ofendido en algo, perdóneme. Perdone, recordando otras ofensas que, reconózcalo, no eran justas. (Ya en la puerta.) Para otra vez, Magda, pupilamen. (Sale.)

ESCENA VI

MAGDA, sola

MAGDA (Queda estupefacta, sumida en el asombro. Va de un lado a otro. Junta las manos, las alza crispada. Después: abriendo la puerta del foro.) ¡Doña Emilia!

ESCENA VII

MAGDA y HERMIDA

HERM. (Entrando por el foro.) La veo a usted aquí, Magda, y todavía me parece absurdo. ¡Qué pena! Por usted, ¡qué pena! Tenía usted la sombra de un hombre y la ha perdido.

MAGDA Yo...

HERM. No tiene disculpa, Magda. Y no me odie. Odie usted al culpable de todo. Yo no la quiero mal. Pero, ¿podía yo ser encubridor de ésto? Compréndame.

MAGDA (Gimiendo.) Yo vine empujada, a la fuerza...

HERM. Y aún así. Lo leal hubiera sido romper antes. Si a usted no le convenía ese hombre que tanto la quiso y que hubiera sido su tutela hasta la muerte, haberle hablado con franqueza; si la franqueza resultaba dura, un pretexto. Amores que no están ligados por el sacramento, ¡se deshacen tan fácilmente! Pero la traición, no. El engaño, no.

MAGDA ¡Yo traición! Si lo quiero tanto...

HERM. Usted ha venido a esta casa antes de hoy. Y tenía que ser. Yo no la culpo, Magda. Al revés. Me apena su pobre caso. Es usted víctima de algo inmenso, inaudito, contra lo cual usted no tiene fuerza para luchar. Es usted una niña. Ha sido usted educada corrosivamente. Quien debió protegerla contra el mal se ha cebado en la inocencia de usted. Yo la absuelvo.

MAGDA (Esperanzada.) Entonces... ¿Uste no le dirá ésto a Enrique? (Cogiendo una mano de Hermida.) Le juro, este escarmiento tan horrible me ha dejado muerta. Por compasión no se lo diga usted. Es tan bueno, tan leal. No se lo diga usted. (Llorando.) Sin Enrique, ¿qué va a ser de mí?

HERM (Compadecido.) No sea usted así, Magda. Esa herida se irá cicatrizando. Es usted tan joven. Además, ¿quién es cápaz de torcer el destino? Sufrirá usted este dolor una semana, un mes, un año. También Enrique ahogará en secreto la pena terrible de verse fracasado así, tan brutalmente. Mudo, estupefacto, devorará sigilosamente su angustia.

Porque no es perder una hembra, es perder una ilusión, tan dulce, tan mimada en el interior de su espíritu. (Pausa.) Era mejor que lo hubiera usted asesinado de pronto. Se habría ido a la otra vida, ignorando que no se puede sembrar en algunos corazones. (Magda se deja caer junto a la mesa, en una silla y se cubre la faz con sus manos presa de gran agitación. Pausa.) Pero no sea usted así. Le digo que olvidará esto. Y él. Dentro de un año, se verán ustedes, y al mirarse sentirán una emoción diminuta, de viejo recuerdo. Nuestra alma rechaza el dolor. (Pausa.) Lo único lamentable es usted. Porque mientras esa mujer viva, usted no tendrá jamás un cariño hondo, ni el de Enrique ni el de nadie. Y se irá usted hundiendo, hundiendo... (Ella parece sufrir un ataque nervioso. Su pecho se agita frenéticamente.) ¿Se pone usted mala? Voy a llamar. (Gritando.) ¡Eh! ¡Alguien! Magda está enferma.

(Entran corriendo Escolástica, Cascabelito y Charo la Triste.)

ESCENA VIII

MAGDA, CHARO, CASCABELITO, ESCOLÁSTICA y HERMIDA.

Las tres se acercan a Magda y levantan su cabeza rendida

CHARO — Pobrecita Magda. ¿Qué te ocurre?

CASCA. — Pobre nena. (A Hermida.) ¿Qué le ha hecho usted?

HERM. — (Acercándose a Magda.) No es nada, un pequeño ataque... (A Escolástica.) Pero traigan algo. ¿Hay azahar?

ESCO. — Sí. (Corre al aparador y busca allí.)

CHARO — Vamos, Magdina. Pobrecita nena.

CASCA. — ¿Qué tienes? ¿Dime qué te han hecho?

(Escolástica le da a beber a Magda un sorbito en la misma botella. Magda va recobrando el sentido. Hermida llega hasta el foro. Hace allí un gesto de pena y sale.)

ESCENA IX

DICHOS, menos HERMIDA

ESCO. (A Magda.) Dime, ¿qué te ha pasado? ¿Te maltrató?

MAGDA No. Dejadme; os lo suplico. No. Al contrario. Hermida me ha dicho muchas verdades. No le tengo rencor.

(Escolástica se lleva a Charo aparte, Cascabelito sigue consolando a Magda.)

ESCO. (A Charo.) Es que ese gachó de las tres mil era un guaja, ¿sabes? Un pelanas. En cuanto venga doña Magdalena, le zurra a la pobre.

CHARO Pobre niña. (Pausa.) ¿Y ese otro...?

ESCO. Un amigo del señor que la tenía de amante. (Pausa.) Ya se lo tengo avisado a doña Emilia. El día menos pensado ocurre aquí un horror. Estas entretenidas hacen igual, claro. Pocas se escapan de ésto. ¿A quién le amargan unos duros? Y sin los duros. El vicio recochino, la marchosería. (Pausa.) No sé cómo doña Emilia anda en estos cuadros. Le van a meter una bala en el estómago o vamos a tener gresca con la policía. (Va hacia la puerta.)

CASCA (A Magda.) El tío memo. Mira que decirte esas cosas. Si lo llego a saber no se va sin arañarle. (Pausa.) Y lo de tu madre no te apures. ¿Quieres dinero? Tengo diez o doce duros. Poco es, pero si te sirven...

MAGDA ¡Diez o doce duros!

(Sale Escolástica.)

ESCENA X

TODAS, menos ESCOLÁSTICA

CHARO (Acercándose.) ¡Qué sabes tú, Cascabelito, de estas cosas! La chica no llora por eso. Llora porque se ve perdida otra vez. ¡Qué sabes tú! Tenía la pobre, sus ilusiones, sus quereres y ya se acabaron. ¿Verdad, Magda?

MAGDA (Desoladamente.) Verdad.

CHARO Volver aquí o a otro sitio, como antes, ser

de uno y de otro y que le peguen a una o la emborrachen y luego, ¡dura una tan poco tiempo! ¿Por qué hiciste eso, Magda?

MAGDA (Levantándose.) Yo misma no lo sé. Así debe una suicidarse. Así debe una matar. Sin creerlo. Cuando venía de camino yo misma pensaba: «Es imposible. Todo mentira. El dinero, la casa. Es imposible que ocurra esta cosa tan fea.» (Pausa y gimiendo.) Pero ocurrió. (Volviendo a llorar.) Es horrible.

CASCA. No tan horrible, mujer. Otro vendrá.

MAGDA ¿Otro? Como aquél, no. Me quería como a una hija. (Pausa.) ¿Otro? Tiene razón Charo. Volver aquí. Ser una... (Cayendo anegada en llanto sobre el pecho de Charo.) ¿Tú entiendes, verdad? ¡Qué vida tan mala me espera. Ojalá no hubiera nacido.

CHARO (Acariciándola.) No seas tonta, chica. Ya se te pasará.

MAGDA Pasarme. Ahora peor. Ahora que conocí el cariño, peor. Ahora esta casa me da espanto. (Pausa.) Y yo no tuve la culpa. Juro que no la tuve.

CHARO ¿Tu madre, verdad? (Magda baja los ojos.) Tu madre. Parece mentira que haya madres así.

CASCA. Y ahora en cuanto llegues a casa y te vea sin dinero...

MAGDA Va a venir ella. No debe tardar.

CHARO La muy... (Pausa.) Ahora, como te riña... le zumbo. Vaya si le zumbo. Con las ganitas que tengo yo de broncas.

(Entra Escolástica sigilosa cerrando la puerta tras de sí.)

ESCENA XI

DICHAS y ESCOLÁSTICA

ESCO. (En voz baja.) Ahí está doña Magdalena. La pasé a la sala. ¿Qué hago?

MAGDA (Trémula.) ¿Sabe algo ya?

ESCO. Ni pizca. Menudo disgusto se va a llevar la pobre señora.

MAGDA (Levantándose.) Voy allá. Más vale que se entere pronto. Más vale.

CHARO (Deteniéndola.) Cá, hija. ¿Y si te calienta? Mejor es que venga aquí. Al vernos se conten-

drá y en cuanto pase el primer arrechucho... (A Escolástica.) Dígale que venga. (A Magda.) Mira, yo siento ésto que te pasa en el alma; pero por ella, me alegro. (A Cascabelito.) Nos vamos a reir cuando sepa que el negocio quebró. (A Magda.) Y sécate los ojos. La iremos preparando nosotras.
(Sale Escolástica.)

ESCENA XII

DICHAS; después, DOÑA MAGDALENA

CHARO ¡Y que debe traer unas ganas de cuartos! Como que habrá gastado algo a cuenta. (Pausa.) El escarmiento va a ser morrocotudo. Te digo, Magda, que me alegro por ella.

MAGDA (Suplicante) No la ofendais, ¿eh? Es mi madre.

CASCA. Quién habla de eso; pero tiene razón Charo. Un poco de chungueo se lo merece. Y además impediremos que te casque.

D.ª MAG. (Entrando con un paquete en la mano.) ¡Hola, Magda! Llego con retraso, ¿no? Las cinco y media ya.

MAGDA ¡Hola, madre!

D.ª MAG. (Riéndose.) ¿Aún estás triste, bobita? ¡Yo vengo más alegre! He visto un vestido precioso para tí. (Pausa.) ¿Estas señoritas?

CASCA. Compañeras de Magda. Esa, «Charo la Triste». A mí, «Cascabelito» me llaman. Como no viene usted aquí sino cuando repican gordo...

D.ª MAG. (A Magda.) ¿Pero qué haces ahí tan asustada? Abajo tengo un coche. Si nos retrasamos van a cerrar la tienda.

MAGDA Mejor será No estoy de humor.

D.ª MAG. (Alarmada.) A ti te pasa algo. (A las otras.) ¿Qué le pasa? Díganme ustedes. ¿Hay alguna novedad?

CASCA. (Irónica.) Novedades.

CHARO Sí... Que a veces no salen los asuntos del todo bien. Cosas de la vida.

D.ª MAG. Me aterran. (A Magda.) Vamos, hija; ¿qué ocurre? Habla claro. No puedo comprender, no quiero adivinar... (A las otras.) Hablen ustedes, pronto.

CASCA. Nada de sulfurarse, señora. Lo que ocurre

no tiene nada de particular. Había que esperarlo.

D.ª MAG. (Dejando el paquete sobre la mesa y convulsa.) ¿Quieren ustedes reventar de una vez?

CASCA. Nada. Que estuvo aquí la inquisición.

D.ª MAG. ¿La inquisición?

MAGDA Hermida, mamá. Ya lo sabes. No hace media hora que se fué. Me ha sorprendido.

D.ª MAG. (Paseándose iracunda.) ¿No te lo decía yo? Si son unos canallas, unos infames. ¿De modo que una encerrona? ¿Esos bribones te han preparado una encerrona? (Pausa.) ¡Bonito comportamiento! ¡Qué caballeros tan cumplidos!.

CHARO No adjetive, señora. Comprenda usted que ese señor... Hay cosas que no se toleran.

D.ª MAG. ¿Va usted a defenderlo? (Pausa.) ¡Miserable! Cuidado que se lo venía predicando a esta idiota. Ese no te conviene. Es un ganguista. Se está aprovechando de tu candidez para dejarte luego hecha un pingo.

MAGDA (Suplicante.) No le injuries, mamá.

D.ª MAG. (Colérica.) ¿Pero todavía lo vas a disculpar? ¿Pero es que esta acción merece disculpa? (Pausa.) ¡Y habrá habido un escándalo mayúsculo! (Pausa.) ¡Entre qué gentes anda una! Podríamos haber salido en la prensa y todo. ¡Qué enormidad! Dime, Magda, ¿qué fué?

MAGDA Ya te dije, mamá. Cuando yo salía de esta habitación entró Hermida.

D.ª MAG. ¡Qué infame! ¡Qué gran caballero! ¡Sorprender a una muchacha inocente! ¿Te habrá dado el gran disgusto?

MAGDA Creí morirme de vergüenza, mamá.

D.ª MAG. (Alarmada. Reflexionando.) Oye, oye. Ese encuentro con Hermida, ¿fué, en efecto, una encerrona? Porque si es encerrona... (Va hacia Magda para escrutarla atentamente.) ¿Ha sido una casualidad? Dime.

CHARO Hay días turbios, señora.

MAGDA No. Hermida sabía ésto.

D.ª MAG. (Aterrada.) Entonces, ese otro individuo...

CASCA. De la banda también.

D.ª MAG. (Perpleja.) Entonces el dinero...

CASCA. (A doña Magdalena.) ¿Oyó usted hablar de ese Banco que quebró?... Pues allí está el dinero. Un desastre, señora. Le digo a usted, que esto de las subsistencias se está poniendo mediano.

CHARO Son los gajes. No se pueden tener negocios. A lo mejor, viene una huelga... (Pausa.) Aquel señor era bolchevique... ¿Se dice bolchevique?

D.ª MAG. (A Magda) ¿Pero es verdad lo que oigo? Responde, Magda.

MAGDA (Agachando la cabeza.) Es verdad.

D.ª MAG. (Se deja caer sobre el sofá, exánime. Reaccionando.) ¡Qué infamia! Y en casa sin un céntimo. Lo poco que quedaba lo gasté hoy, creyendo seguro ese ingreso. (Pausa. A Magda.) Pero, ¿es verdad? ¿Es verdad? ¿Es verdad esa burla canallesca? Sería para morirse de rabia, de odio... (Se levanta y va hacia Magda. Cogiéndola de un brazo y zamarreándola.) Dime que no es verdad. Dime que has mentido.

MAGDA (Humilde,) No he mentido.

D.ª MAG. ¡Qué infames! Esto me cuesta la vida. ¡Qué infames! (Pausa.) Pero la culpa no es de ellos solos. No. Es de ti. Eres una estúpida. Una mema. Te lo iba a avisar en casa antes de que salieses. Hay que andarse con ojo. (A las otras.) Pero esta imbécil me había hecho una escenita romántica, había llorado, y, la verdad, me faltó valor para hablar. (A Magda.) Tú tienes la culpa. No es de ellos. Ellos, después de todo, van a su negocio. Pero, ¡dejarse engañar así! ¡Caer en la trampa como una mema!

CHARO No la insulte usted, ¡pobre! ¿No ve qué disgusto tiene? Le dió un desmayo. Creímos que se moría. Comprenda usted. Ha perdido a su novio y se ha sentido en ridículo, chafada... Pobrecilla.

D.ª MAG. (A Magda.) ¿De modo, que ni un céntimo?

CASCA. Lo que se dice la inopia.

D.ª MAG. (Zamarreando a su hija.) ¡Necia! ¡Necia!

CHARO (Coge violentamente a doña Magdalena y la separa.) Vamos, señora, que no tiene usted razón. Sería el colmo pegarle encima a la muchacha. Usted le ha quitado su querer. ¡Por usted ha sucedido esto!

D.ª MAG. (Airada.) Vaya con la mujer. (Pausa.) Y cómo se mete donde nadie la llama, la muy... cualquiera.

CHARO La muy cualquiera lo será usted. Si yo hago lo que hago es por mi cuenta, sin ofender a nadie, ni perjudicar a nadie. Y usted a traí-

do aquí a una hija suya. A ver quién es más cualquiera, usted o yo.

D.ª MAG. Pero, ¿usted sabe con quién habla?

CHARO No se lo quiero decir por su nombre.

D.ª MAG. (Avanzando hacia Charo.) Se calla usted o no respondo. Yo soy una señora, ¿sabe usted? Una señora cabal.

CHARO Pues si es usted una señora, que lo dudo, peor. ¿Una señora y prostituye usted a su hija? ¿Una señora y le quita usted al hombre decente que la quería? Si eso es ser una señora, no quiero ser señora... ¿Entiende usted, señora?

D.ª MAG. Cállese usted. La culpa es mía por tratar con cierta gente.

CASCA. ¿Con cierta gente? ¿Pues con quién va usted a tratarse, viniendo a estos sitios? La muy lagarta.

D.ª MAG. (Cogiendo a su hija de la mano y a Charo.) Cállese, mala mujer.

CHARO (Furiosa.) ¿Mala mujer, yo? Váyase usted, pécora, porque soy yo quien no responde de estrangularla. Váyase usted y llévesela, llévesela. Carne para el hospital, para el asilo Llévesela. (Pausa.) Lo que usted hace con esa hija no tiene perdón de Dios.

D.ª MAG. (Yendo hacia la puerta con Magda de la mano.) La cualquiera...

MAGDA (Suplicante y poniéndose ante ella para defenderla.) Es mi madre, Charo.

CHARO Lo que hace usted con Magda no tiene disculpa Antes, siendo madre, ponerse de lavandera, que ésto. (Pausa.) Debían prenderla a usted. Yo no sé cómo esto se consiente. Debían meterla a usted en la cárcel, donde habrá otras más decentes que usted, más honradas. Debía usted pudrirse en un patio, entre ladronas. Y las ladronas se sonrojarían. (Pausa.) Pero si la justicia de los hombres no la castiga a usted, la castigará Dios.

D.ª MAG. (Ya desde la puerta.) Miren quién habla.

CHARO Quien es junto a usted, siendo lo que soy, un ángel. (Pausa.) Porque usted es... es... (Pausa.) Se lo voy a decir. Es lo peor que una mujer puede escuchar. Lo más horrible. Peor que ladrona, peor que asesina.

D.ª MAG. Qué. ¡Dígalo!

CHARO Mala madre. (Lentamente como escupiéndole las

palabras.) Mala madre. (Salen ambas. Doña Magdalena con gesto altanero y despectivo.)

ESCENA XIII

CHARO y CASCABELITO. Después ESCOLÁSTICA y ENRIQUE.

Hay un instante de silencio. Luego se oye la voz de doña Magdalena que grita

D.ª MAG. (Dentro.) ¡Ay, auxilio! (Y la de Magda.)

MAGDA ¡Madre! ¡Madre mía!

(Entra Enrique trémulo.)

CHARO (A Enrique.) ¿Qué hizo usted?

ENRI. Matarla... Matar a esa madre. Suprimir una infamia del mundo.

CHARO (Con pena.) ¿Por qué vino usted aquí? Se ha perdido usted.

ENRI. No pensaba. Creí que la traición era imposible. Estuve en el café. Allí alguien me preguntó por esa mujer. Noté que a aquél hombre se le reían los ojos. Le dije que habíamos terminado, y entonces...

CHARO Entonces...

ENRI. «Ahora me explico—respondió—que Pepe Almagro presuma de...» Me quedé sordo, ciego. Salí de allí a la rastra. Los pies me trajeron... Aún estoy como loco.

CHARO (Yendo hacia él.) Usted la quería, ¿verdad?

ENRI. Salían cuando entraba yo. Estuve por dejarla ir apartándome de ella como de algo espantoso, pero miré a Magda, a su víctima y recordé a la otra, a la pequeña que crece inocente, y a la que ella mira crecer con ojos de avaricia y a la que también esperaba ésto.

CHARO ¡Mala madre!

ENRI. Nos miramos ella y yo en el fondo del alma. (Pausa.) Las manos se me fueron a su cuello. ¡Qué asco sentí al tocar su carne! ¡Y qué terror al escuchar sus gritos! (Pausa.) Ya en el suelo esa mujer, respiré con gozo. Me espera el escándalo de un sumario, el horror de una sentencia, el presidio. Y respiré con gozo. Creí que al matar a esa mujer no la había matado a ella sola. Había matado a esta casa, al vicioso que corrompe, a la ley que no castiga, a toda la humanidad que

consiente ésto. (Llega hasta una butaca y se deja caer desolado. Luego rompe a llorar. Pausa.) Así puede acabar un hombre.

CHARO ¿Acabar? Usted no. Quizás se le haga justicia. (Señalando hacia el foro.) Aquélla sí acabó... Acabó de hacer daño esa mala madre. (Cae el telón.)

FIN DE LA COMEDIA

3 0112 117467131

Precio: TRES pesetas